

El preferido

Edgar De Santo



De Santo, Edgar Marcelo
El preferido. - 1a ed. - La Plata : el autor, 2009.
253 p. ; 21x15 cm.
ISBN 978-987-05-7831-4
1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 07/12/2009
Primera edición en Argentina, diciembre de 2009.

4

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de la obra sin la autorización previa sin la autorización previa del titular del *copyright*.

Impreso en la Argentina.
ISBN 978-987-05-7831-4

Diseño y diagramación Carla Perri
Dibujo Edgar De Santo

<http://elpreferidonovela.blogspot.com>

Esta edición de 500 ejemplares se terminó de imprimir en La Plata, en el mes de diciembre de 2009.

*Para Beatriz López Cristóbal.
Por habitar mi vida,
desde la adolescencia.
Porque sí.*

5

Primer movimiento



Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

Cuando el amor no tiene cara de mujer

En ese tiempo no existían los griegos antiguos, ni Freud, ni Foucault, ni Passolini, ni Stonewall, ni Puig, ni Perlongher.

Eran tiempos de *El amor tiene cara de mujer*.

Sin duda no tenía *amor* porque no tenía ni tengo *cara de mujer*.

Lo que sí tenía era una calentura de padre y señor nuestro.

Sólo existía un señor a la vuelta de mi casa, que era el verdulero de mi barrio.

Tenía trece años.

Andá a la verdulería

No me daban las patas para ir.

Me olvidé la lista que mi vieja había dejado en la mesa de la cocina y la plata.

Por suerte había bastante gente.

Podía mirarlo a mi antojo. Era un tano exuberante.

Nito. Así le decían las vecinas. Así le decía su esposa. Así también le decía un hijo paralítico que tenía. Creo que era deficiente. No lo miraba mucho.

-Qué vas a llevar.

Estaba con los brazos apoyados en la cadera y la camisa grafa demasiado abierta para ver un pecho enorme como una pista de aterrizaje y su voz velluda.

Salí corriendo.

Alcancé a escuchar al paralítico empastado en baba, me dijo:
puuujjjttttoo.

Volví a la verdulería

-Siempre el mismo pelotudo. Mi vieja estaba sentada mirando la telenovela y dejando la bombilla del mate llena de una pasta de los bizcochos.

Agarré la plata y la lista.

Salí. Caminé lento porque mi viejo estaba con mi hermano mirando adentro del capó del auto en la vereda.

Ni me vieron.

Doblé la esquina y empecé la carrera.

Otra vez había como cuatro viejas adelante mío.

Mejor.

Al mogólico lo habían entrado. Ya eran las siete.

Una vieja.

Otra vieja.

Y otra vieja.

Y otra vez las manos apoyadas en la cadera, sacándola para adelante.

Tenía como una papa en la bragueta que le levantaba el delantal de plástico mugriento de tierra de papa.

Y las manazas.

Y al lado del bigote también, entre la barba tenía tierra.

El pecho no tenía tierra, estaba lleno de pelos del color de la tierra de papa.

-¿Papa negra? Cuánto quiere tu vieja.

Tartamudeé un kilo.

—Refrescó cachorro, saliste así en remera y te podés enfermar.

Me chantó la manaza en mi pecho, la detuvo y me sobó las dos tetitas.

-Ves que tenés frío.

Ahora no había ninguna vieja.

Le di el papel porque no podía hablar.

Los cajones de verduras sólo dejaban una hendidura en el garaje que hacía de verdulería.

ÉL miraba el papel mugriento con la letra cachuza de mi vieja y pasaba por atrás mío. Cada vez.

Con cada pasada, sentía la papa.

Capaz que eran dos.

Al ratito nomás era más de un kilo.

-Mañana venite más tarde, cierro a las ocho.

A la noche en el galponcito

Después de comer le dije a mi viejo si podía ir a agarrar la navaja que me había quitado.

Me la había regalado Jorgito, mi primo.

El hijo de puta del viejo me la secuestró porque nos encontró en el fondo.

Jorgito me estaba refregando el culo a cambio de la navaja.

Para mí era un negocio redondo.

Cuando mi viejo nos encontró no alcanzó a ver mucho pero el aire se cortaba con navaja, no con esa, con otra.

Me pegó un mamporro y me mandó a mi pieza.

A Jorgito lo pateó a su casa.

El viejo se vino para mi pieza y me sacó la navaja del bolsillo trasero.

-Chito o te fajo de nuevo.

Y mientras buscaba la navaja me franeleó el culo bien a su gusto. Me pasaba el dedo de fákiu por la zanja. Por arriba del pantalón. Por ahora.

La encontró cuando tuvo ganas y dijo que la iba a esconder, en penitencia, por ya sabía qué, y que no sepa tu vieja que la vas a matar del disgusto.

Yo no la quería mucho pero tampoco quería que se muriera.

Cuando salió lo espí y vi que la metió en el galponcito.

Él se dio cuenta. Pero sabía que no la iba a agarrar porque tenía miedo de que se muera mi vieja.

-Andá, pendejo, andá y la próxima te la tiro a la mierda.

-Che, hablale bien al pibe. Mi vieja ya estaba medio entonada con el tinto de la cena y arrastraba los pies y la lengua.

-El viejo tiene razón, es un pendejo gritaba el pelotudo de mi hermano Ernesto, Ernestito.

-Me pegaste un bollo para que le pusiéramos Patricio, y ahora le decís pendejo... Patricio se lo escuché más lejos a mi vieja y más arrastrado, mucho más, ya traspasando el tendedero lleno de ropa.

La bombita de 25 wats era peor que una vela en esa porquería de casucha. Pero encontré la navaja entre la viga medio podrida y la chapa del techo.

Grabé en el palo una N y P en el medio de un corazón. Tardé bastante en hacer las muescas, bien profundas, para que mi viejo no las pudiera borrar.

Mientras tajeaba tenía como cosas en la boca del estómago.

Era como un rezo rumiado adentro.

Me toqué sobre el pantalón ajado, era como una papita, casi como dos.

Otra vez con Jorgito

-Psst, psst, Jorgito me chistaba bajito desde atrás del sauce llorón cuando salía para la escuela. Mi viejo estaba en la vereda, hablando con el de al lado.

Me hacía señas para el campito.

Fui.

-Hacete la rata boludo y jugamos en el cañaveral, tengo este robot a pila que está buenísimo.

Dudé un poco. Había repetido sexto grado. Era medio grande entre los de séptimo y me cargaban.

Repetí no tanto por burro sino porque siempre ando un poco distraído.

Nunca supe bien de qué ando distraído.

Por ahí no me entusiasma mucho lo que a la mayoría lo entusiasma.

La cosa es que me hice la rata.

Nos metimos en el cañaveral, bien adentro. Me saqué el guardapolvo para no enchastrarlo y lo colgué de una caña petisa.

El robot era asombroso. A pilas.

Subía y bajaba los brazos, y giraba con sus piernas duras, mientras las luces iluminaban un televisor que tenía en el pecho al unísono con una especie de ojos.

Era tan increíble la fuerza que tenía que incluso se movía en un pedazo de tierra limpia y giraba.

Era poderoso como Nito.

Hasta su pecho era así de poderoso.

-Mirá Pato, lo ponemos así, lo hacemos girar y si para apuntándote a vos yo te monto y si me apunta a mi me tocás las bolas.

-Bueno.

Así empezó a girar.

La primera lo apuntó a Jorgito.

Lo toque, por arriba del pantalón, y tenía como una papita

Y después como dos o medio kilo.

Después se paró en mitad de los dos.

-No vale.

Va de nuevo.

Giró el robot me tocó más o menos para mi lado.

Jorgito no dudó y me puso boca abajo y empezó a refregar sus papitas en mi culo.

Dale que te dale. Yo decía ufa me estoy aburriendo y él decía cosas que no entendía porque respiraba más fuerte que sus palabras.

Salió de arriba mío y muy rápido prendió el robot y lo apuntó a él claramente, parecía que lo había puesto así a propósito.

Me tocó sobarle las papas y cuando se me cansó la mano la quise sacar y me la apretó y me dijo seguí puto seguí y las papas se le mojaron.

Tenía una cara parecida a Nito, pero sin pelos.

Quise seguir jugando y me decía pará un poquito, pará un poquito.

Se tiró panza arriba y la respiración fue cada vez más lenta.

Ahora en el pantalón volvía a tener una papita.

No me gustó.

Miré largo rato al robot, le di un beso en las luces apagadas.

No sabía la hora pero estaba refrescando.

Me puse el guardapolvo.

-Pasado mañana rajate y seguimos jugando.

Lo miré porque se tocaba con una mano la panza y con la otra la papita.

-Bueno, pero después de las cinco. No tengo más faltas.

Septiembre en la escuela

-Para mañana traigan algo para comer y tomar. Vamos a hacer un picnic.

La maestra tenía ojos celestes y era rubia. Y era fea.

Nunca pensé que había gente rubia y de ojos celestes fea.

Hablaba con una tonadita bonita, dijo un día que era de Misiones, pero era más mala que la mierda.

Siempre festejaba a los varones que jugaban a la pelota, siempre festejaba a las chicas que jugaban al elástico.

A mí y a Pablo nos miraba con desconfianza.

Jugábamos al denenti.

Todos los recreos al denenti y al truco.

Un día nos sacó las cartas diciendo que era cosa de malvivientes. No sabía que era malviviente. Me imaginé la germinación del poroto medio podrida, el poroto con un algodón debía vivir mal, le faltaba tierra. Pero no pregunté qué era.

Ese mediodía le dije a mi vieja que tenía que llevar algo de tomar y de comer para festejar la primavera.

Me cagó a pedos porque en ese momento “él” le decía a “ella” que lo de “ellos” no podía “ser”.

-Salí pendejo, no ves que sufro, dijo mi vieja con los ojos llenos de lágrimas.

Y fui a la escuela sin nada.

Le conté a Pablo y me dijo que no me preocupara que no le dijera nada a la misionera que él tenía para los dos.

Así fue.

Se largó a llover como siempre en primavera e hicimos el picnic en el tinglado de mala muerte de la escuela. Lo llamaban el gimnasio techado.

Sentados en el piso de porlan, con cantimploras llenas de gaseosas dulces y calientes y sanguches.

La familia de Pablo tenía más plata que la del resto. Llevó sanguches de pan lactal de paleta y queso, sin mayonesa Y dos latas de gaseosa.

-¡Latas! le dije asombrado y me miró como un triunfador.

Y estaban tan calientes como las cantimploras.

Me dio una y la maestra se acercó a los dos con cara de asco.

-No trajiste nada, nene. El nene sonó como cachetazo.

-No seño, me olvidé de decirle a mi mamá.

-Quevuasé dijo o algo así y nos devolvió las cartas.

Cada grupo hacía lo que podía, la garúa nos tenía medio tranquilos.

Jugamos un truquito y gané. El segundo, me dijo, el que pierde tiene prenda.

-Bueno.

Ganó él esta vez.

-¿Qué prenda?

Me miró fijo, como muy fijo.

-Vamos al baño.

Él le pidió permiso primero a la maestra y me dijo que esperara y también hiciera lo mismo.

Se fue y al rato hice lo que me dijo.

Cuando llegué al baño me dijo que fuéramos a los baños con puertita.

-Bueno.

Y ahí se abrió el guardapolvo, se bajó el cierre y sacó la papita.

-Chupá.

-Qué.

-Chupá, dale, que es la prenda.

Y chupé, medio arrodillado. Él se apoyó en la puerta y pude apoyar el traste en el inodoro. Así mejor.

Y la papita se hizo como dos papitas.

Me dieron arcadas pero cuando quise sacármela de la boca me dijo que una promesa de prenda era una promesa y que me había dado una lata y dos sanguches.

Al otro día a las cinco y media en el cañaveral

-¿Qué le dijiste al tío y a la tía?

-Nada, que salí a andar un rato en bici.

Jorgito preguntaba como si no supiera que a mis viejos no les importaba mucho nada mientras no los jodiera.

Igual que a él.

No trajo el robot, pero me dijo que yo ya sabía el juego.

Me dio pena no ver ese pecho iluminado.

-Elegí vos primero.

Elegí tocar la papita.

Después él eligió acostarse encima mío y con la papita que eran ya dos, casi me hace ahogar contra el piso.

-Te voy a enseñar una cosa que no sabés, le dije.

-¡Qué no voy a saber!

-A qué no.

-A que sí.

-A qué no.

-A ver dale, me dijo con cara rara.

Le bajé el cierre, le saqué la papita afuera y le hice lo que Pablo me enseñó.

Abrió los ojos re grandes, y me dijo pará pará.

Se acostó en la tierra y dijo ahora seguí.

Cerró los ojos y me tocó la cabeza y un frío caliente me pasó por el lomo.

Cuando le salió la leche me la tragué sin saber si me había meado en la boca o qué.

Cuando le pregunté me dijo que era la semilla de los varones, que la guardara así me hacía más hombre.

Yo ya me la había tragado y la verdad es que me sentía más hombre.

Cuando nos paramos me acercó la cara y me dijo que también me iba a enseñar algo.

Me puso la boca en mi boca y me metió la lengua. Hizo un ruido como mmmm, y yo para no ser menos también.

Me estaba haciendo hombre, yo también sentí mi papita que eran como dos.

Perdí mi gato

-Mamá, lo viste a Chiche.

-Te parece que tengo tiempo para darle bola a ese gato de mierda, que no sirve ni para cazar lauchas.

Yo a Chiche lo quería. Era un gato amarillo con ojos amarillos.

Mi vieja me miró y me dijo, andá andá a buscarlo, por ahí se perdió en la otra cuadra, ese boludo.

La miré y no estaba en pedo. Nunca me dejaba salir cuando era medio de noche.

Y ya el palo de luz de la esquina estaba prendido.

Caminé un rato, me metí en la casa de los vecinos y pregunté y nada.

Se me estaba enredando la garganta. A Chiche era al único que le había contado sobre Nito.

Hice una cuadra y otra y otra.

Ahí la cuadra estaba oscura y me paré en la casa abandonada.

Todos teníamos miedo.

Decían que había espíritus.

Era una casucha abandonada muy atrás, perdida como en una selva de las de tarzán.

Me paré ahí, tomé valor, empuje una puerta de fierro y alambre y entré.

-Chiche, Chiche. Y nada.

De la oscuridad salió una voz.

-Qué te pasa pibe.

Pensé que era el hombre de la bolsa.

No.

En una pileta de lavar la ropa estaba en medio de la oscuridad que ahora era menos oscura un tipo en bolas.

-Busco a mi gato, señor.

-¡Ah! me parece que lo vi por acá.

-Por dónde.

-Vení, vení, por acá.

Y vi a la luz de una luna, una papa grande que se la tocaba el viejo.

Me quedé quieto. Algo no estaba bien.

-Mirá, mirá me parece que el gatito quiere que lo acaricies.

Se agarraba la papa y no podía dejar de mirar.

-Vení carajo, te digo, o te pego un chumbazo por entrar en mi casa.

Sentí como un chumbazo y avancé.

La papa ya eran como dos. Estaba mojada y con olor a jabón Federal.

Me quedé quieto otra vez y él se arrimó. Sonreía por no sé qué.

Me pasó la mano por el culo como mi viejo.

Pero más lindo y me bajó el pantalón.

Me dio vuelta y con el jabón me pareció que me quería lavar el culo.

Pero no.

Mientras Ernestito duerme y Chiche no vuelve

Sentía como un fuego en el culo.

Ernestito roncaba en la cama de al lado con una pierna afuera.

Pensaba si a Chiche le había pasado lo mismo y que porque le dolía tanto el culo estaría tirado, descansando de ese dolor de culo en algún techo cualquiera. En alguna cama cualquiera.

Los ronquidos de Ernesto me hacían bien.

Mi hermano tenía diecisiete años y olor a bolas decía mi vieja.

Y a pata.

Y a sobaco.

Y a hombre.

¿Nito tendría esos olores?

Pensar en Nito me hizo olvidar el dolor de culo.

Yo sabía. Era estúpido pero sabía que el viejo de la bolsa, de la bolsa de papa, me había cogido.

Sabía que Jorgito también quería cogerme y Pablo.

Soy medio tarado pero ya estaba avivado.

Mi culo era un culo, a qué se debía tanta atención. Ni siquiera era gordito como el de Bubi, el vecino de enfrente.

La madre siempre le gritaba que tenía más culo que cabeza.

Después supe que fue porque él afanaba billeteras y le decía a la familia que se las había encontrado por la calle.

Yo pensaba que era por el culo gordito que tenía.

Pero yo no tenía un culo como ese afiche del galpón que tenía mi viejo.

Era una rubia que se pintaba el comienzo del pelo negro, con un culo enorme y me miraba como diciéndo “esto así nunca lo vas a tener”.

Me quedé sin respirar pensando que también a Chiche se lo habían montado, que quizás había chupado.

Me causó gracia su lengua raspadora.

Me dormí pensando en que un día iba a ir a la verdulería bien tarde. Cerca de las ocho.

La chica nueva del barrio tiene un jotpants turquesa

En la casa nueva del barrio, la casa prefabricada reluciente de pintura nueva hay una chica muy linda.

Pone un tocadiscos y la veo con un short turquesa.

-¡Qué lindo short! Le grité a la mañana cuando fui al kiosco a comprar un mapa de la Argentina, con división política.

-Es un jotpants, me dijo y revoleó el culo como si fuera la chica del afiche del galpón de mi viejo.

-Me gusta que es celeste, ¿es de tu hermano?

-No es celeste, es turquesa, maricón.

Otra vez eso. Otra que me decía maricón.

Hasta la chica nueva que era linda, que me gustaba su jotpans, me decía maricón.

-¡Putá! le dije.

No sé por qué.

Y me fui a comprar el mapa.

**El hermano de la chica nueva del barrio con jotpants
turquesa**

-La próxima vez que le digas puta a mi hermana te cago
cogiendo, putito.

Apareció Chiche en lo del carnicero

-Andá pendejo a lo del Aldo, el gato de mierda está en la carnicería de él, gritó mi viejo desde la vereda.
Aldo tenía la carnicería enfrente de lo de Nito.
Cuando entré no pude dejar de mirar para el garage de la verdulería. Ahí estaba. Riéndose con la camisa llena de pelos y el cotorreo de las viejas como gallinas.
Putas como las gallinas, pensé.
No sé por qué.
El Aldo, como todo carnicero, tenía un delantal blanco, no muy blanco.
Era flaquito y muy peludo.
Había hecho mucho deporte y era fibroso, decía mi viejo.
Mi vieja decía que la mujer era una vaga y le faltaba olla, al pobre hombre.
De la camisa le salían los pelos y el delantal lo tenía tan apretado que la cinta le daba dos vueltas.
Era apenas un cabeza más alto que yo.
Cuando entré a la carnicería me sonrió.
En realidad siempre se reía bastante.
O al menos cuando lo veía.
No había nadie a esa hora y le pregunté por Chiche.
-Si pasá, pasá, lo tengo acá en el patiecito atrás del negocio.

Ahí estaba, medio sucio y asustado.

Lo agarré y enseguida arrancó la moto.

-Gracias señor.

-Pará, llevate un poquito de picada. Conmigo no quiso comer.

Agarré el paquetito de diario con la carne y salí.

Los dos estábamos muy contentos.

Esa noche comimos albóndigas.

Terminé séptimo grado

-Altaenelcielo unáguilaguerrera audazseleva envuelo triunfal
azulunaladelcolordelcielo azulunala delcolordel mar.

Me gustaba mucho cantar esa canción.

Y sobre todo que la maestra rubia, de ojos celestes, fea y mala
decidió que aprobara aunque me tuvieron que reincorporar
por faltas.

Parece que cuando fue mi vieja la mala se puso buena.

Me dijo-Quevuasé, los padres uno no los elige.

Y me aprobó.

Había olores ricos. De tilos en los árboles. La escuela parecía
linda y todo, con esos árboles.

Pablo, en la fila, mientras yo cantaba entusiasmado, me
arribaba la papita.

No me importaba.

Se había quedado caliente porque le gané al truco y al denenti
hasta fin de año.

Igual cuando nos saludamos después del acto me dio lástima y
le dije bajito:

-Si un día me invitás a tu casa te la chupo.

Nunca le conté a nadie que ya me habían roto el culo.

Y me fui de la escuela, con la cartulina enrollada, y se la di a mi
vieja.

Nunca supe si lloraba por el diploma o porque el viejo hacía un mes que no aparecía.

Mejor.

Igual estaba en pedo.

Jorgito me cuenta un secreto

-¿Sabés por qué te dicen maricón?

-No.

-Porque en el barrio todos saben que el día que tu mamá sacó a ventilar el vestido de novia, vos te lo pusiste.

Me sentí muy mal.

No sabía que alguien haya visto que mientras esa enorme torta de trapos colgaba de la soga del fondo, me metí abajo y dejé que se deslizara encima mío.

Me quedé callado y rojo como una brasa.

Jorgito me miró y me volvió a preguntar.

-¿Es cierto?

-No.

-Dale decime la verdad.

-¡No! ¡No!

Como el viejo ahora no estaba, Jorgito andaba por mi casa como Pancho.

Me miró tan fijo que pensé que era mi viejo.

Saqué la navaja que él me regaló y la abrí despacio.

-Qué te hacés el guapo, chupapija.

Me tiré encima de él.

Pensé que le había dado un puntazo.

Le quería dar un puntazo.

Pero no.

Sólo lo raspé.

-Andá a la concha de tu madre, maricón.

Le sangraba el brazo.

Al fin voy a las ocho a la verdulería

Cuando Jorgito se fue yo estaba recaliente.

Primero me dio bronca que no jugáramos al robot sin robot, y por otra que me dijo algo que pensé que nadie sabía.

Menos que mi culo roto.

O de lo mío con Nito.

Lo del vestido fue un accidente.

Un accidente.

Nunca más.

Igual cuando mi viejo desapareció mi vieja lo puso en la parilla y lo quemó.

Mejor.

Así ese vestido no me jode nunca más.

Pero nunca más.

-¿Qué vestido? Andá, fijáte y revolvé en mi casa a ver si hay un vestido de novia,¡eh!

Ya tenía todo ensayado para la próxima.

-Patricio, vení, andá a la verdulería antes que cierre.

Ernesto miraba el diario con cara de buscar laburo.

Mentira. No pensaba ni laburar ni nada.

Mi vieja seguía con la tele. Miraba Feliz Domingo, ahora, cosiendo en una máquina destartalada un vaquero de la chica nueva del barrio que tenía jotpants turquesa y un hermano que dijo que me iba a coger.

Salí corriendo.

-Que lo anote en la libreta, escuché en el viento.

Ya sabía.

Cuando llegué a la verdulería estaba todo cerrado.

Las luces apagadas.

-Qué cagada.

Pero Aldo, el carnicero, recién empezaba a apagar las luces.

A falta de verduras, buenas son las carnes

-¡Te cerró la verdulería! Me dijo el carnicero cuando crucé.

No sabía si me estaba jodiendo o lo decía de lástima.

-Vení, vení, qué linda camisita traés. ¿Te la hizo tu mamá?

Le dije que no.

Mentira.

La había hecho de un desarme de un vestido viejo.

Estaba chingada y el botón de arriba no coincidía con el ojal.

Era una camisa que estaba en pedo.

-¿No querés llevarte algo de carne? ya que no conseguiste
verdura. Nito cerró antes. Tiene al mocoso enfermo y lo
llevaron al hospital.

-No sé señor, ¿mi mamá tiene libreta acá?

-No te preocupes pasá, pasá.

Ni bien entré cerró la puerta con llave.

No me di cuenta. O no me importó.

Por mi camisa abierta empezó a franelearme las tetas.

Me la desprendió.

Se sacó el delantal, para estar más cómodo me dijo.

Se abrió su camisa y era como una tabla de lavar ropa con
pelos.

Tenía una barba a medio crecer, dura y negra que al principio
me raspó.

Pero me gustó, un poco, creo.

Me dejé.

Paró y bajó la persiana metálica y apagó la luz.

-Por los bichos, está lleno de cotorritas porque es diciembre.

Era bruto.

Hablaba suave y con una sonrisa, pero era muy duro.

No fue como cuando Jorgito me puso la boca y la lengua.

Parecía que metía la papa en la boca.

Tenía una lengua gorda.

Me llenaba tanto que no podía respirar.

Y sacó afuera la papa verdadera, al fin.

Era como dos kilos de papa.

O más bien un peceto.

-¿Quieres comer un poquito? Hablaba dulzón pero la mirada era de loco.

Los ojos le brillaban como si se fuera a poner a llorar.

Me agaché y se la chupé.

-Sabés cuánto hace que esperaba esto. Con Nito apostamos a quién era el primero en hacerte la fiestita.

No entendí del todo.

Sólo escuché Nito. Se me arrugó algo adentro.

Y él empezó a empujar, ya sabía que me iba a arder.

Llegué a casa ocho y media.

Ernesto seguía con el diario.

Ya en pedo.

Yo en el diario traía medio kilo de nalga.

-¿Te pedí eso? dijo mi vieja.

En pedo.

-Sí mamá.

Otra vez en la casa abandonada, sin buscar a Chiche

Nunca más había pasado por la casa donde el viejo me rompió el culo.

Le decía a los chicos del barrio que estaba embrujada, y como pensaban lo mismo, estaba todo bien.

Esa noche, después de la carnicería decidí volver.

Ernesto comió y se fue con los amigos al bar.

Mi vieja se durmió, en pedo.

Y salí.

Me latía fuerte el corazón.

Era mi primera escapada nocturna.

Abrí la puerta de la casa y me quedé parado esperando a que el viejo me hablara.

Pasó un rato.

Otro más.

Apareció en calzoncillos.

-¡Qué mierda querés! ¿Ah, nene, sos vos? ¿Andás buscando a tu gatito de nuevo?

-Sí señor.

-Vení, vení pasá.

Me tiró en un colchón roñoso, no tenía ni sábanas.

-Sacate todo.

Obedecí en silencio porque era lo que quería.

-¡Ay mi amor, mi amor! Hablaba y empujaba.
Me dijo mi amor y no tengo ni tenía cara de mujer.

Un problema en la casa abandonada

Me quedé dormido.
Cuando me desperté tenía una pierna del viejo cruzada encima.
Yo estaba de espaldas.
Roncaba con olor a vino.
Con olor a mamá.
Pensé que no estaba mal. Que era cómodo ser mi amor.
Me moví despacito y le toqué la papa.
Estaba húmeda como una papa podrida.
Seguí.
Me gustó esa podredumbre.
Rezongó pero siguió roncando.
Quise probar algo.
Empecé a mover despacito el culo mientras tenía en la mano la
papa podrida.
Dijo algo como enojado, dormido y carajeando, pero la papa
tomó vida propia.
La ubiqué y el dormido empujó de nuevo.
Me moví yo.
Primero así, despacio porque todavía ardía el carnicero.
Éste, me di cuenta que no era un peceto, era una papa.
De medio kilo.
Era como la de Pablo o la de Jorgito pero distinta.

Seguí el movimiento y volvió a hablar, dormido o haciéndose.

-Sí mi amor, así ¿quierés más?

Creo que dijo así.

Tenía arrastradas las palabras como mi vieja.

Pero decía mi amor, eso seguro.

Empujé más y más y largó la semilla de los varones de nuevo.

Esperé un rato.

Unos nubarrones pasaban rápidos por un agujero que pudo alguna vez ser ventana.

El viejo ahora roncaba boca arriba.

Me senté en el colchón y le inspeccioné la papa.

No era fea.

Acerqué la nariz. Tenía olor a leche y a mierda.

Apoyé mi cara en la pierna de él y me puso la mano en la cabeza.

Me volvió ese frío caliente por la espalda, me metí eso en la boca.

Volvió a crecer la papa y volví a escuchar mi amor.

Después me vestí y rajé para mi casa.

No se habían dado cuenta de nada.

Ernesto no había vuelto y yo me acosté con olor a “mi amor”.

Escribo mi primera poesía

Las papas

La papa podrida no siempre está podrida.

Hay papas calientes.

Y hay papitas.

Hay papotas, pero ay, mamita,

Hay papas viejitas,

hay papas de amor.

Sin vestidos de novia.

A veces las papas son de carne.

Después de mi primera poesía

Siempre fui malo para escribir, pero esa mañana de diciembre frente a una hoja Rivadavia me sentía como un prócer.

En la escuela me habían dicho que con palabras se piensa.

Yo pensé que con palabras se puede mentir un poco.

El juego del robot, por ejemplo. O la prenda del truco.

Mi viejo me pega un mamporro porque Jorgito me arrima la papa y me manosea el culo.

Mi vieja llora con El amor tiene cara de mujer y mi viejo desapareció.

En la fiesta de fin de curso cantamos unáguilaguerreraaudaz seeleva, y por acá hay sólo gorriones. Pero los trajo Sarmiento de Europa dijo la maestra rubia, de ojos celestes. Ese sí es un prócer.

Mi hermano lee el diario buscando un trabajo y no quiere trabajar.

Nito apuesta con Aldo quién me hace la fiestita primero y no es mi cumpleaños.

Me dijo mi amor y no tengo cara de mujer, sólo una papa en la boca o en el culo.

Me voy a dormir.

No tengo ningún mandado que hacer.

La mamá de Jorgito me invita a San Clemente

-Abrí que soy yo, gritaba la madre de Jorgito a mi vieja.

Mi vieja arrastró el vaquero de la vecina nueva hasta la puerta y le dijo seca:

-Qué querés.

La mamá de Jorgito era la hermana de mi viejo.

-No querés que me lo lleve a Patito a San Clemente con nosotros, mirá que pago yo.

Mi vieja no estaba muy bien.

La miró sin saber qué decir y me preguntó:

-¿Querés ir?

-Bueno.

Desde el puntazo o mejor dicho, el raspón, no había visto más a Jorgito.

-Salimos pasado mañana tempranito. Eso sí. Vamos en carpa, porque a Daniel (era mi tío) no le gustan los hoteles y le gusta la vida al aire libre, pobre, se la pasa manejando el colectivo todo el año y necesita aire. Mandame al chico mañana a la noche con toalla, una frazada y ropa. Vamos en la chata que compró Dani, pobre.

Al día siguiente mi vieja metió sábanas, una frazada y una ropa de dudosa limpieza en una cosa parecida a un bolso.

-No pegué un ojo en toda la noche, dijo.

Me dio un beso distraído y me dijo que no les haga gastos.
Con eso fui las cuatro cuabras hasta lo de los tíos.

La noche antes de ir a San Clemente

Llegué a las nueve de la noche. Era un 3 de febrero y hacía un calor de perros.

-Salimos a la madrugada, me dijo mi tía.

Mi tío Dani estaba en calzones tomando cerveza fría en un jarro enlozado y miraba algo en la tele.

Jorgito me dijo hola y se fue a bañar.

-Comiste dijo mi tía al pasar.

-Sí tía, gracias.

-Por hoy dormimos medio amontonados. Porque viene Celina con Silvia.

Celina era una amiga de mi prima Silvia. Tenían dieciocho años y unas tetas como valijas.

Total que me tocó dormir con el tío Dani en una colchoneta en la cocina, Jorgito en su cama y las chicas en la cama grande con mi tía.

A las once dijeron que era hora de ir a dormir.

Mañana salíamos a las cinco de la mañana.

Me quedé sentado. El estómago me hacía un poco de ruido porque no había comido nada desde el mediodía.

Las mujeres se metieron en la pieza grande cotorreando, Jorgito en short se fue a su cama y yo seguía en la cocina con el tío Dani.

La tele le ponía a la cocina apagada una luz intrusa y fría.

El tío seguía chupando, me miró y me alcanzó el jarro.
-Tomate un trago que ya estás grande como Jorgito.
Estaba rica la cerveza.
Muy fría, tanto como la luz gris de la tele.
El tío se rascaba los huevos de tanto en tanto.
-Disculpá me dijo, pero estamos en familia, ¿no?
La cerveza me dio vértigo, pero cuando me alcanzó otra vez el jarro acepté.
La panza me había dejado de rugir.
-Vení, vamos a echarnos porque hay que dormir.
Se tiró en la colchoneta en calzones, se sacó la musculosa y antes bajó el volumen de la tele.
Yo me eché al lado.
Me hice lo más finito posible.
-¿Dormís vestido vos con esta calor?
Ya estaba medio en pedo con los tragos de cerveza y la verdad es que me quería sacar la remera.
-Así, nene, así. Estás con el tío, no hay problema.
Mientras decía esto me empezó a manosear el pecho.
Se quedaban rezagados los dedos en los pezones y me hacía pellizquitos.
Me dio risa y me hizo chstt.
Se paró y apagó la tele.
Yo seguía en el bordecito de la colchoneta.
Para que dejara de joder con los pezones me puse boca abajo.

Hubo mucho silencio y me empecé a adormecer.
Mi tío no paraba de bufar y arrimarme la papa.
La tenía caliente.
Era peor que Jorgito.
-¿Te pensás que tu primo no me contó?
-¿Qué tío?
No escuché bien del todo.
Seguro dijo algo de chupar.
Me agarró fuerte la nuca y me la bajo hasta la papa caliente.
No me resistí. Se le había salido del calzoncillo de tela celeste por la bragueta y parecía que pedía.
Su mano en mi nuca era fuerte, muy fuerte.
La cerveza me había dejado blando y se la mamé.
El tío me levantó con un quejido después de unas chupadas que le di y puso su lengua, casi igual que Jorgito, en mi boca, pero con bigote.
Lo dejé.
Yo le agarré la papa caliente como él quería y como yo quise, pero de pronto sus ronquidos me dijeron que ya no estaba, que estaba en el quinto sueño.
Medio en pedo y medio dormido escucho al tío Dani decirme en la oreja mientras me sobaba el culo:
-Hay tiempo, en la playa te lo hago, ese culo está pidiendo...

En la chata del tío Dani rumbo a San Clemente

Ahí salimos, como los Campanelli, para San Clemente del Tuyú.

A las cinco como dijo la tía.

Jorgito me miraba fijo.

En la playa

Yo nunca había estado en la playa.

Hacía dos días que nos habíamos instalado en el camping.

Una carpa para los varones y otra para las mujeres y una lona roñosa hacía de techo de la supuesta cocina.

Todo estaba tranquilo.

Yo me había llevado las hojas Rivadavia que me habían sobrado de la primaria, en una carpeta vieja con anillos.

El tío frente a Jorgito no hizo nunca nada.

En las duchas del camping por ahí se sacudía la papa para mi lado cuando nadie miraba.

Yo me hacía el que no miraba.

Comíamos bien, todas las comidas.

Jorgito estaba todo el tiempo jodiendo con las chicas.

Llegan Pino y Osvaldo al camping

Llevábamos ya cuatro días cuando llegaron dos hermanos amigos del tío Dani a compartir las vacaciones.

Al tío se le cambió el humor.

Con los muchachos era otra cosa.

Me sacaron de la carpa y tuve que dormir en la chata con Osvaldo.

No entrábamos todos.

En la primera noche me fui a dormir sólo pero me desperté cuando Osvaldo, medio borracho se tiró a dormir en la chata, a mi lado.

Se tiró un pedo fuerte y se durmió.

Había también una luna fuerte, como el pedo.

Lo pude ver abierto de piernas.

De tanto en tanto se rascaba la panza, cerca de la papa.

Tenía la malla de todo el día y olor a sal y a sobaco.

Pero tenía un aliento dulce entremedio del alcohol de la cena.

Muy dulce.

Me quedé dormido.

Segundo día de los hermanos en el camping

Al día siguiente el dulzor que emanaba de la jeta de Osvaldo me hizo mirarlo mejor.

Tenía un cuerpazo. Era más joven que Pino, su hermano, pero era más robusto.

El tío y los muchachos hacían la suya.

Mi tía puteaba por todo, ni a las chicas ni a Jorgito se les veía el pelo.

Habían armado un grupito y como eran más grandes no me invitaban.

Jorgito me miraba de tanto en tanto, muy fijo y después se iba.

El tío “cariñosamente” me tocaba el culo de pasadita y largaba la risotada:

-”Este” está pidiendo, decía adelante de todos.

Yo hubiera querido ser almeja.

En un momento después de la cena, no me acuerdo bien, nos quedamos adelante del fuego Osvaldo, el tío y yo.

Ellos le daban a la damajuana.

Yo tenía un poco de cerveza ya caliente en un jarro.

Hacía frío.

El tío se tambaleó.

-Este cuerpo necesita horizontal, y se metió en la carpa.

Osvaldo agarró una mano mía y se la quedó mirando.

Se la acercó a la nariz. Me la empezó a morder.
Despacito y a conciencia.
Me dio el frío calor y le miré la papa.
Me dio vergüenza, quise soltarme y no me dejó.
-Si te gusta, maricón, no te quejes.
Me callé.
Tenía razón.
-Tu tío me dijo que eras un bombón y que a falta de pan...
vení vamos al catre.
Hacía frío, sobre todo porque tenía la piel quemada.
Sin soltarme la mano mordida casi me arrastró.
Cerró la cabina con seguro y se puso en pelotas:
-Dale disfrutame que estoy regalado.
Me quedé quieto pero mi respiración estaba brava.
Me puso la mano en la espalda porque yo seguía sentado mirando
sin querer mirar.
Me empujó hacia la boca que olía dulce entremedio del alcohol.
-Cuántos años tenés.
-Trece, en pocos meses cumplo los catorce ¿y vos?
-Hoy cumplo cuarenta.
Me acordé de Nito.
Osvaldo era lampiño pero igual pensé en Nito.
Quizás lo extrañé.
Después hice lo que había que hacer.

Se cayó un árbol en el camping

Un estruendo terrible nos despertó a todos.
Ruido de latas, de chapas, de madera que se rompe.
Un árbol se cayó sobre el auto de los vecinos.
Osvaldo se puso la malla y bajó rápido de la chata.
Todos gritaban.
Nadie salió lastimado.
Sólo el auto quedó abollado.
Cuando todo se fue calmando con un sol que ya recalentaba
Osvaldo subió de nuevo a la chata, y me metió la lengua hasta el
gañote.
Yo creí que nadie nos vio.

Ayer se fueron Osvaldo y Pino

-Por fin se fueron estos tipos, dijo mi tía, no los aguantaba más.

Yo miraba el agua indecisa del mar.

-Tía voy para el camping.

No me escuchó y siguió hablando con la de la lona de al lado.

El camping en el bosquecito estaba más fresco.

Agarré la carpeta y dibujé algo.

Algo como dos bocas con sol y un árbol caído.

Hasta que apareció Jorgito.

Otra vez Jorgito

Escuché atrás mío como un bicho que se acercaba.

No, era Jorgito.

Estaba muy lindo con tanto sol en la piel.

La malla verde le ajustaba bien el culo y la papita.

Parecía más grande.

Se sentó al lado mío, hizo que miraba el dibujo y de golpe largó:

-Anoche me fifé a Celina.

-¿Me fifé?

-Sí, boludo, me la cogí bien cogida y la perra chillaba como una rata.

Pensé en cuántos animales había nombrado.

Pensé que siempre yo había pensado en vegetales.

Pensé en el tronco caído.

-¿Querés que te la ponga un ratito?

-No, prefiero que me coja tu padre.

Mejor que deje de desear cosas, pensé.

La última noche en San Clemente

Después de la cena todos ayudamos a la tía porque al día siguiente nos volvíamos a La Plata.

Otra vez a las cinco había que partir.

Cuando todos se fueron a dormir me fui a la playa para despedirme del mar.

Volví despacio caminando al camping.

Hacía frío como siempre me dijeron hace a la noche en la costa.

No pensaba nada.

Nada más que en esa agua que se llama mar, su constante ir y venir con un sonido tan rumoroso.

Cuando iba llegando vi clara la figura del tío Dani.

Parecía esperarme.

Y me estaba esperando.

Estaba como furioso.

En silencio me agarró de un brazo y me metió en la chata.

-Qué te pensaste, putito, que te iban a salir gratis las vacaciones.

Me cogió tres veces, la última tenía la papa medio podrida.

Yo tenía el mar en la cabeza.

No me importó nada. Igual me gustaba el vaivén. La contradicción. Como un mar.

Escribo mi segunda poesía

Hay un mar de papas que van y vienen.

Hay un vaivén de papas.

Papas que como el mar van y vienen

y no tienen tierra.

Únicamente restos de tierra.

Y cuando se les cae la billetera

me quedo con algunos pesos.

De vuelta a La Plata

Llegamos al barrio a mediodía.

-Che, qué calor dijo la tía.

No me dejaron en la puerta de mi casa.

Bajamos todos en lo de los tíos.

El tío me dijo chau, Jorgito me dijo chau, Silvia me dijo chau y la tía y Celina me dijeron chau.

Yo dije gracias.

Después sabría de Borges y de ese otro mar y esa otra flecha.

Dije gracias y chau.

Y con el bolso hice que rumbeé hacia mi casa.

Me fui directo a lo de Nito.

En la verdulería

No había nadie cuando entré al garaje. Nito estaba con bermudas y en cuero.

-Qué hacés cachorro, tanto tiempo, se me murió mi hijo.

No lo lamenté.

Me gritó puuuujjjtttttoooo desde su silla, la última vez que lo vi.

Hasta los cretinos estaban educados para señalar.

Quizás supiera que quería a su padre.

No me importó.

Me quedé parado con esa especie de bolso en la mano.

-Estoy viviendo acá porque mi jermu me echó. ¿Querés pasar?

-Sí Nito.

Y no tartamudeé.

En la parte de atrás del garaje había una piecita con un anafe, una heladera, un colchón en el piso y el brrr de un ventilador de chapa.

-Cerrá la verdulería. Tengo sueño.

-¿Y tu mamá?

-No sé. Vengo recién de San Clemente.

Extrañamente obedeció.

Cerró el boliche.

Yo ya estaba desnudo en el colchón.

Él se sacó la bermuda y el calzón y dijo:

-Así estamos mejor.

Me di vuelta y lo vi tembloroso. Semejante tamaño de hombre peludo, enorme, sin saber qué hacer.

Su papa sí sabía porque me apuntaba directo.

-Debe ser el calor. Se disculpó.

Me paré y lo abracé.

Me quedé apoyado en su pecho peludo con su papa dura como una navaja contra mi panza.

Tenía como un kilo de papa, o dos.

No me importó.

Nos tiramos en el colchón y me besaba, no me ponía la boca y la lengua, me besaba.

Acabé.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho cachorro!

-Te ganó Aldo.

-Sí, ya sé.

-Pero antes me rompió el culo el de la casa abandonada.

-Sí, ya me contaron.

-Y lo chupé a mi primo Jorgito.

-Sí, me dijeron.

-Y en la costa me cogió mi tío y un amigo.

-Sí, me lo imagino.

Hasta el día siguiente no abrió la verdulería.

Hubo algunos golpes con sonido a la lata del portón y me tapó la jeta, primero con la mano y después con sus bigotes.

A la mañana me levanté. Hice unos mates.

Me acarició y se le puso dura la papa de nuevo.

No hice caso y agarré el bolso y salí.

Mientras me abría el portón, vi la caja registradora de la verdulería abierta.

Agarré unos pesos.

Le di un beso y me fui.

Él me apretujó y me sentí grande.

-¿Te veo a la noche?

-Sí.

Antes de mi casa, por un rato

Crucé la vereda y escuché que Nito cerraba la puerta de chapa.

Calculo que se iba a bañar.

Aldo estaba en la puerta de la carnicería.

-Buenos día su señoría manta tiru rirulá, qué hacés nene tanto tiempo.

Había visto perfectamente mi salida de lo de Nito. Incluso la palmada en el culo que me dio.

Entré a la carnicería sin que me lo pidiera. Estaba más fresco que en la calle.

-Poné llave y bajá la persiana.

Me obedeció sin decir nada.

Le saqué la ropa, lo besé, lo chupé y le puse el peceto como una papa nueva.

Lo hice sentar en el banco de madera de los clientes y me transformé en mar.

Suspiró hondo y dijo:

-Ay, mi amor.

Acabé.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho cachorro!

No contesté. Todavía estaba sentado arriba de su peceto y él bufaba como vaca en el matadero y vi un fajito de cambio en el piso.

Su pantalón caído me daba su agradecimiento.
Me agaché para agarrarlo y él pensó que quería más.
-Uy, cómo estás.
-Y sí.
-¿Venís antes que cierre? Me dejaste como loco..
-Sí.

Ya en casa, por un rato

Mi vieja dormía en un sillón, destartalados ambos.
Calculo que dormía la mona.
Mi hermano en nuestra pieza estaba en bolas y abierto de gambas, como Cristo, pero roncaba.
En la pieza estaba mi viejo solo en la cama grande, de vuelta, de nuevo, igual que mi hermano, idéntico a Ernesto.
Físicamente.
Había tirado la ropa al piso. Hurgué en los bolsillos.
Tenía cincuenta pesos.
Me los guardé.
Me saqué la ropa y cerré la puerta con el pasador.
El viejo seguía roncando.
Me puse al lado y sentí los olores del viejo. Tenía ya como cuarenta y dos.
Le puse la mano en la papa podrida.
Empezó a crecer.
Salió de un ronquido, me miró como a un fantasma.
-¿Qué hacés?
-¿Puedo?
-Sí, seguí, así me gusta.
Me puse encima. Y me metió la lengua en la boca.
Me clavaba como Nito su papa en la panza.

-Qué rico que estás, pendejo, chupá un poquito.

Ni se había movido. Estaba crucificado.

Me dediqué a la faena.

Mi boca era como el mar.

Mi culo también.

Acabé.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho pendejo!

Me tiré boca abajo y terminó lo suyo.

Se quedó ahí arriba, con la papa enterrada en su tierra.

Era casi igual al tío Dani, también.

Se durmió.

Me levanté y fui para mi pieza.

En mi pieza, con Ernesto

Entré en bolas con la ropa en la mano.

Mi vieja seguía durmiendo. Y mi viejo seguro dormiría después de la matanza, hasta la tarde.

Mi hermano seguía igual de estaqueado.

Pero una diferencia era notable, estaba con la papa dura. No estaba podrida como cuando lo vi antes.

Ni siquiera me tuve que sacar la ropa, yo seguía desnudo.

Me arrodillé y empecé a poner la papa bien caliente, en realidad más caliente.

Ernesto pegó un salto.

Me miró como para pegarme.

Se desplomó en la cama.

-Sí, seguí pendejo, así.

Trabajé un rato y me senté. Encima.

Empecé ahora con la otra marea.

Con la del culo.

-Dale nene, dale, que hace rato que no la pongo, cómo te gusta, maricón.

Con el *ón* sentí la semilla caliente.

No acabé.

Él se volvió a dormir.

En la cocina, con mi vieja

Mi vieja dormía con la boca medio abierta.

Parado, yo seguía desnudo, y con la papita dura.

Se la puse en la boca.

Abrió los ojos pero atrapó la papa todavía caliente como un chupete. Era como un bebé.

Cerró fuerte los ojos, pero siguió.

Se metió la mano en la pollera. No podía bajarse la bombacha.

La ayudé tranquilamente.

Y dejó que el polvo volviera al polvo.

Se contrajo un poco.

Tuve cuidado de sacársela para acabar.

Tenía apenas treinta y siete. Era aún tierra fértil.

-¡Upa, parece que había mucho afrecho Patricio!

-Sí.

Y se volvió a dormir. En su monedero había treinta pesos.

Le dejé cinco.

Me di un baño, dejé la manta y las sábanas.

Me cambié.

Saqué la ropa mejor de Ernesto y me fui.

Tenía plata. La plata que me había ganado.

Nunca más supe de ellos.

Faltaba un mes para mis catorce años.

Camino al centro

Tomé un taxi.

Era la primera vez que tomaba uno.

-¿Adónde te llevo?

-Al centro.

En el centro

Me bajé en plaza San Martín.

Pagué quince pesos con setenta y cinco.

Vivía lejos del centro.

No más.

Crucé al cine.

No me importaba qué daban.

Quería dormir.

De nuevo en la calle

Le agradecí a la acomodadora que me dejó dormir tres funciones.

-Estabas muerto, amigo.

Salí y me compré un pancho.

Un agua también.

Los tilos seguían. Desde mi escuela hasta ahí.

Y ahí fue que tuve otra oportunidad.

Paró un peuyó muy lindo.

Adentro había una sonrisa con barba.

No me imaginé que me miraba a mí.

Se bajó y abrió el capó como hacía mi viejo.

Lo vi bien a la luz de mercurio de la avenida.

Y fui.

Subí.

-Qué hacés nene.

-Nada, fui al cine y salí con hambre.

-¿Y ese bolso?

-Lo que pasa es que estuve parando en la casa de un amigo, tengo una muda de ropa y mis carpetas.

-¿Querés tomar un café?

-Bueno.

Arrancó el auto y a pocas cuadras paró.

No era un bar.

Era un edificio.

Lindo. Muy lindo. Con vidrios grandes y manijas de bronce doradas.

-¿Y el bar?

-¿Qué bar?

-¿No me invitaste a tomar un café?

-Sí pero no te dije en un bar. ¿Te molesta que sea en mi casa?

Me vio la cara de duda.

-Dale, no pasa nada.

No sé por qué no tuve miedo. Sospechas sí, miedo no.

No se parecía a ningún tipo que yo conociera.

Era fino, tenía lindo olor, linda ropa, lindo auto y finalmente lindo departamento.

Cuando entramos me vio la cara porque me dijo

-Te gusta.

-Sí.

Hizo el café.

Muy rico el café.

Me despabiló.

Puso música, me dijo que era clásica. Era hermosa.

Era como estar en el cielo. Era Schubert. *La muerte y la doncella*.

Me dijo.

-Nos ponemos más cómodos.

-Estoy muy cómodo.

-Te dije más cómodos.

Mientras decía esto se abría la camisa.

-Ah, sí.

En su pieza tenía dos camas.

Me acosté en la otra.

-Qué hacés, vení conmigo.

-Ya entendí.

Me saqué la ropa.

Me empezó a franelear como cualquiera de los del barrio.

Pero con lindo olor, linda música y lindas sábanas.

Me hizo cucharita y me decía si estaba cansado que durmiera.

Y me dormí.

Me desperté con la papa enterrada.

Me hice el dormido hasta que acabó.

Y dos veces más.

En la tercera yo también tenía la papa caliente de nuevo.

-Cómo te gusta, guachito, que te cojan.

-Y sí.

Me dormí de nuevo.

En la casa de Alberto

A la mañana se apareció con una bandeja enfundado en una bata azul brillante y suave.

-Para reponer fuerzas.

Me comí todo.

Él prendió un cigarrillo.

-¿Querés?

-No gracias.

-Cuántos años tenés.

-Diecisiete. Mentí mal.

Se rió.

-¿Y vos? le dije engrosando la voz.

-Treinta y cinco.

-¿Te rajaste de tu casa?

-Más o menos.

-¿Más o menos?

-Más.

Se sacó la bata y me bajó la sábana y volvió a franelearme.

Se metió en la cama y ya la papa le hervía.

A mí también.

Me hizo de todo, lindo pero de todo, en todas las posiciones.

-Te quiero ver gozar pibe.

Y realmente gozaba como nunca.

Cuando acabamos me preguntó si mi familia no me estaría buscando.

-No creo.

-Querés quedarte conmigo un tiempo.

Tuve vértigo. Sí, sí quería.

-¿Puedo ir a la secundaria?

-Por supuesto.

-Entonces me quedo.

De la alegría se me paró la papa de nuevo.

Él se rió diciéndome que era terrible.

Pero le hice como el mar en la papa y al toque estaba gimiendo de nuevo.

-Cómo te llamás.

-Patricio ¿y vos?

-Alberto.

-Vamos a decir que sos mi ahijado, sabés.

-Bueno.

-Que tus padres te mandaron para estudiar.

-Bueno.

-¿Trajiste el documento?

-Sí.

-Bueno diste con la persona justa, soy escribano.

Nunca supe bien cómo falsificó los poderes.

Pero pude hacer toda la secundaria viviendo con él.

Me compró ropa, libros, iba a las reuniones del colegio.

Él siempre impecable con sus trajes a medida. No parecía puto.

Me empezó a decir Lolito.

Yo me dejé y aprendí mucho.

Ya no me gustaba que me siguiera cogiendo tanto.

Pero le hacía creer que sí.

Y creía que sí.

No me importó mucho.

Sus amigos se la sospechaban.

Había uno, hermoso como Nito, pero limpio y arreglado, con una casa más linda y más grande. Y a los dieciocho me mudé con él.

Alberto no se enojó.

Realmente me quería mucho.

Yo creo que también.

Igual aunque me fui a vivir a la casa de Guillermo, iba a veces para que me enterrara la papa.

Nunca se lo conté a Guillermo.

En la casa de Guillermo

Guillermo tenía una casa hermosa con pileta en City Bell.
Y me regaló un autito para que vaya a la facultad. No enseguida.
Había decidido estudiar letras.
Guillermo era lo que se llama un cacho de tipo. Era divorciado y
había jugado al rugby.
Tenía un lomo enorme, era alto e intenso.
Abogado y estaba en algo de una financiera.
Y muy celoso. Tan celoso como su enorme papa.
Tanto que dejó de verse con Alberto.
-Donde hubo fuego..., decía.
Yo a esta altura podía decirse que era lindo.
Yo cogía con cualquiera, pero siempre le mentía a Guillermo.
Alberto había sido más comprensivo.
-Sos pendejo y tenés que curtirla. Pero ojos que no ven...
Y así fueron los cinco años de secundaria.
Nunca supo ni del profesor de educación física ni del de
matemática.
Ni tampoco de mis compañeritos.
¿Para qué?
Y tuve una novia que nunca ninguno de los dos supo.
Cerca de tres años estuve con ella. Ni ella de ellos.
¿Para qué?
Qué ironía que se llamara Guillermina.

Así que adopté el Guille para ambos y nunca metí la pata.
Esto fue entre el último año con Alberto y los primeros dos con
Guillermo.

Tres años con Guillermina

A Guillermina la conocí en una librería de usados.
A esas alturas leía un montón.
En ese tiempo ya existían los griegos antiguos, Foucault,
Passolini, Stonewall, Puig, Perlongher.
También Freud.
Ya no eran tiempos de *El amor tiene cara de mujer*.
Guille tenía el pelo muy largo y era palidísima.
Miraba con una mirada así.
Tanto a los libros como a mí.
Se decía apasionada.
Ella buscaba un libro de Virginia Wolf.
Lo encontró.
Yo buscaba uno de Cortázar.
Lo encontré.
Así que salimos juntos a un café, *Mrs. Dalloway* y *Los Premios*.
Ese primer día hablamos hasta por los codos.
Ella iba al Liceo.
Habló que estudiaba inglés y francés aparte.
Habló de que cantaba en un coro.
Habló también de Dictadura.
Eso lo dijo bajito y miró a la mesa de al lado.
Me dio su teléfono.
Yo le mentí que no tenía.

Todavía en lo de Alberto

-Albert.

Así le decía.

-¿Qué?

-¿Puedo estudiar inglés y francés?

-Sí, preguntá cuánto cuesta e inscribite. ¿Estás seguro de estudiar tanta cosa?

-Sí en la secundaria me va re bien y me da el tiempo.

Así es que me inscribí en los mismos lugares que Guille, previo llamado telefónico a ella para preguntarle.

-Qué bueno me dijo.

-De dónde llamás.

-De la casa de mi padrino, voy a estar por acá un tiempo.

-¿Me pasás el teléfono?

-Sí.

Se lo di.

Le avisé al tiempo a Albert que por ahí me llamaba una compañera de francés.

Con Guille en el zoológico, después con Guille en la pileta

-¿Vamos al zoológico a pasear?

La voz de Guillermina era un dulce mandato.

-Bueno.

Caminamos sin mirar jaulas.

-¿Para qué vinimos al zoológico si no querés mirar los bichos?

-También hay esculturas. Y me señalaba una de tres mujeres abrazadas, muy blancas, palidísimas como ella.

-Qué lindas.

Había llevado una polaroid que me había regalado Albert.

Saqué una foto.

Me la puse en el bolsillo de atrás siendo blanca y apareció como obra del culo, una imagen de tres cabezas blancas, de tetas blancas y de ojos blancos. Imperturbables.

Se la regalé a ella.

La miró un rato largo.

-Gracias.

-Son como vos pero repetidas.

-Son las Tres Gracias.

-Ya sé.

No me hacían mucha gracia.

Eran amenazantes. Creo.

-Ey, ¿adónde te quedaste?

114

-En que quiero darte un beso.
Me abrazo y apoyó muy suaves sus labios.
Yo me dejé.
No me gustó mucho.
Era como besar al mármol pero con un aliento ácido.
Comía poco. Creo.
Caminamos hasta una fuente morisca.
Sacamos dos fotos más.
Una parecía sin gracia.
La otra con todas las gracias.
Nos despedimos poco antes de que nos cerraran las rejas.
Creo que ahí surgieron las ganas de tener un auto.
Lástima que ya no viviera con Albert, él hubiera entendido.
Tomé el micro para City Bell.
El camino fue enrojando el cielo.
Hacía calor.
Entré al parque y sonaba The wall al lado de la pileta.
-Vení, metete que el agua está divina.
Divino pedo tenía Guillermo, estaba en bolas con su increíble
cuerpo prolijamente bronceado y gritaba: anaderbricondeguol.
-Ponete en bolas y vení, jelojelojeluuu...
Me desnudé y me tiré de cabeza en lo más hondo. Ahora tenía el
cuerpo como un arco. Como un buen arco. Lo sabía. No lo
presumía porque también le temía.

Las brazadas me llevaron hasta Guille.
También era como una estatua. Pero de bronce.
Desde abajo del agua le vi la papa, victoriosa y erguida,
amortiguada por los gritos a través de la capa de agua, de la capa
de whisky.
Tiré de la papa y emergí.
Se rió fuerte y me miró.
Me paré frente a él a ver los reflejos del mar en sus ojos de
charco.
Reía con unos dientes como de propaganda de dentífrico.
-Vení.
Me acerqué y su papa me apuntaba.
Me pegó un golpe en la cara. Pensé que se me había quebrado el
cuello al ver las burbujas de pileta alrededor, trastornadas.
Nadé para el lado hondo.
-Jeloujeloujelou...
Salí con veinte manos en la cara y una navaja en el pecho.
¿Adónde estaría mi navaja?

115

Polvo en el viento

Cerré la puerta despacito del cuarto de estudio y puse
un cassette.

Kansas. Me lo habían dado en la clase de inglés.

Traduzco en mi cabeza.

Es como otra marea.

SÓLO POR UN MOMENTO Y EL MOMENTO SE HA IDO
TODOS MIS SUEÑOS
PASARON ANTE MIS OJOS,
UNA CURIOSIDAD
POLVO EN EL VIENTO
SÓLO SON POLVO EN EL VIENTO
LA MISMA VIEJA CANCIÓN
SÓLO UNA GOTA DE AGUA EN UN INTERMINABLE
M A R
TODO LO QUE HACEMOS

SE PULVERIZA AL ¿EN EL? SUELO, AUNQUE NOS
NEGUEMOS A VER
POLVO EN EL VIENTO
SÓLO SOMOS POLVO EN EL VIENTO
AHORA RESISTE

NADA DURA PARA SIEMPRE EXCEPTO LA TIERRA Y
EL CIELO
SE NOS ESCABULLE
Y TODO TU DINERO NO COMPRARÁ OTRO MINUTO

POLVO EN EL VIENTO
SÓLO SOMOS POLVO EN EL VIENTO
POLVO EN EL VIENTO
TODO ES POLVO EN EL VIENTO.

Me lo voy a aguantar hasta tener el auto.

Beso ácido y golpe mojado

A la medianoche golpeó la puerta.

-Pato, Pato ¿dormís?

Abrí somnoliento.

-¿Querés que comamos algo?

Guille hablaba turbio y arrepentido.

Como siempre.

Salimos y manejaba en silencio.

Fuimos al mismo restaurante caro donde siempre le hacían fiesta
a sus fanfarronadas.

No habló mucho con ninguno de los forros de siempre.

Saludó tranquilo y ceremonioso.

Nos sentamos.

-¿Qué van a tomar los señores?

-Agua.

-Con gas para mí.

Me miró con su piel prolijamente bronceada.

-¿Me perdonás?

-Sí.

-¿Qué te gustaría que te regale?

-Un auto.

-Bueno, mañana vamos a la agencia.

Volvímos y me acosté con su papa caliente.

Lo quisiera azul marino, susurré.

Me acordé, entre los vaivenes de Guille, de la otra Guille, la acidez
de un beso que nunca más podría ser.

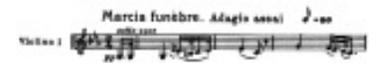
Era como Las Tres Gracias, para mí.

Yo tendría auto, un auto azul y ella seguiría con su cara de mujer.

Como si el amor tuviera cara.

Sólo polvo en el viento.

Segundo movimiento



Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

Cargando mi auto azul rumbo a mi primer departamento

-No te olvidás de algo.

Guillermo tenía un rollo de cartulina en la mano.

Era mi diploma de Licenciado en Letras.

-Gracias, Guille.

-Vení dame un beso.

Puse la boca para que haga lo que quiera.

Una boca que ahora tenía una cicatriz que fue cosida como por mi vieja.

Dicen que me quedó bien. Es mentira.

No me importa.

Fue el precio del departamento en el centro.

-Chau.

-Hasta pronto.

El motor de mi auto, cargado de los últimos libros que faltaban y mi rollo de cartulina en el asiento del acompañante, desdibujó el hasta nunca.

Tenía mi navaja en la guantera, mi auto y mi casa en el centro.

En el balcón de mi departamento

El tilo entraba con profunda convicción a mi departamento. Se aposentaba en el borde del balcón de mi departamento del centro de La Plata, buscando.

En el balcón tenía una papa en agua que largaba raíces y hojas hacia él.

Parecían enamorados el tilo y la papa.

Cuando crezca más, alguna noche, la voy a plantar junto a él.

Los amigos en mi casa

Ese departamento me trajo amigos.

Albert volvió y continuamos juntos hasta que murió, sin papas entremedio.

Manuel y Sara venían muy seguido.

Se sentían como en casa.

También sin papas entremedio.

Sólo una vez Manuel me besó y estaba ácido.

Sólo una vez Sara me tocó y estaba frío.

Todos entendimos.

Albert se murió

No demasiado tiempo seguimos riéndonos y leyendo con Albert.

Tenía la peste rosa.

Nunca fue una condena.

Ni una autocondena.

Ni un arrepentimiento.

Sí la obediencia a un tratamiento que trató pero en ese momento no alcanzó.

Pero continuó nuestra desobediencia a las rosas.

Ambos preferíamos al tilo y a la papa.

Y al junco.

Tuvo pulmonía.

A los días llamó un abogado a mi casa.

Me había dejado su departamento, su auto y una extensa carta de amor.

No hacía falta.

Escondió sus ojos llenos de agua cuando me vio la boca partida, allá lejos.

Siempre supe que había amor en su cara de varón.

Porque sí.

Manuel habla de viajes y de Simbad

-Simbad, el marino, es un cuento de Las mil y una noches ¿no?

-En realidad no, es posterior su inclusión. Aparece en árabe en una edición impresa en Calcuta pero como anexo al final por el mil ochocientos. Parece que La Odisea hizo lo suyo. Al menos dicen. Siempre andan los viejos griegos dando vueltas.

-¿Cómo sabés todo eso, Pato?

Manuel se metía el dedo en el ombligo con ganas.

-Digamos que es el laburo que elegí.

-¿Cuántos viajes hizo Simbad?

-¿Qué?

-Qué cuántos...

Miraba distraído como la papa crecía junto al tilo.

Estaba medio chica todavía, pero iba queriendo.

-Ah, siete.

-¡El culo!

-¿Qué?

-El siete es el culo en la quiniela. Hay que rompérselo o se lo deben haber roto de lo lindo los marinos...a Simbad, el marino.

-Al Terrestre seguro también.

Una cena con Sara y el tilo en invierno

Sara era una buena amiga.

Linda para mí.

Toda linda.

Pero los tipos me parece que no la querían.

Le enterraban la papa y se iban.

Decía siempre lo que pensaba.

Todo lindo.

Hasta el desacuerdo.

Cocinó rico y lindo.

Comimos y mirábamos el tilo sin hojas.

Contenidos por un vino.

-Hace unos meses Manuel me preguntó por Simbad el marino.

Me miró atenta.

-Pensé que me gustaría viajar.

-No dudes, hazlo.

-Tengo que ahorrar un poco, ¿no querés que viajemos juntos?

-Me encantaría pero tengo que arreglar el baño, ya no funciona del todo.

-Veremos.

-Andá con Manuel.

-Prefiero ir sólo si no es con vos.

-¿Me presionás, atorrante?

-Para nada, acabo de decidirlo. Voy a irme solo.

En el aeropuerto de Barajas

Llegué a la una de la madrugada a Madrid.

Me avisaron que una y cuarto salía el último micro al centro.

Subí rápido.

Hacía mucho frío.

No me importó.

Las aletas de mi nariz estaban muy dilatas.

Me bajé en Las Cibeles.

Pregunté por la dirección del hostel que tenía reservado.

-Y no dobles a la derecha, coño, que ahí es peligroso.

Doblé a la derecha, pero me di cuenta rápido y rectificué el rumbo.

El hostel era viejo, parecía un edificio porteño o de diagonal ochenta.

Me gustó la pieza.

Sin baño.

Así era más barato.

No me importó.

Me tiré en la cama.

No dormí.

En el Prado

Después de algunas vueltas entré al museo del Prado.

Lindo nombre.

El Prado.

Vi la mesa de los pecados capitales de El Bosco.

Óleo sobre tabla.

Escuché a la guía del museo de lejos.

No me gustan las guías.

Aquí podemos ver...y recitaba lo que era evidente.

“La Lujuria: En el campo está plantada una tienda de color rojo intenso, en la que dos parejas de enamorados celebran una comida campestre. A un lado, dos juglares o bufones. En primer plano, instrumentos musicales.”

¿Los enamorados no serán los juglares?

¿O los bufones?

“La Gula: Es una escena de interior con cuatro personajes. A la mesa del banquete hay un hombre gordinflón comiendo. A la derecha, de pie, otro que bebe ansiosamente, directamente de la jarra, lo que provoca que el líquido se caiga de las comisuras de los labios. A la izquierda, una mujer presenta una nueva vianda en una bandeja. Aparece un niño obeso, simbolizando el mal ejemplo que se da a la infancia, que reclama la atención de su obeso padre. En primer plano, una salchicha se asa al fuego.”

El Bosco parece que conoció a mi viejo, al tío Dani, a mi tía y a mi vieja.

Pero la salchicha se parece a la papa del viejo de la casa abandonada.

“Avaricia: Se representa un juicio en el que el juez, lejos de impartir justicia, acepta un soborno de una de las partes o incluso de las dos partes en litigio.”

Este es Guillermo, sin dudas este tipo es un genio.

“Pereza: Un eclesiástico duerme ante la chimenea en un acogedor interior, mientras que una mujer (la Fe), elegantemente ataviada, trata de despertarlo para que cumpla con sus deberes de oración.”
Este es Ernestito. La mujer seguro que no es mi vieja. Más bien parece Sara.

“Ira: Se representa con dos campesinos borrachos riñendo a la puerta de una posada, con jarras de bebida y uno de ellos es detenido por una mujer, mientras el otro tiene un banco en la cabeza. El fondo es un paisaje típicamente campestre.”

¡Uy estos son Osvaldo Y Pino y esa mí tía puteando!

“Envidia: Aparecen una pareja de enamorados. Un burgués intenta seducir a la mujer de otro, dos señores (un mercader que mira a un joven noble que lleva un halcón en el puño) y en la calle, dos perros con un hueso.”

¿Yo seré el hueso?

¿O el halcón?

“Soberbia o Vanidad: Es una mujer en un interior con pequeños objetos de uso cotidiano. Se mira en un espejo que hay en un armario, sostenido por un demonio; a un lado, se ve otra estancia con figuras.”

Esto no me recuerda nada.

O sí.

Mejor sigo lejos de la guía, me marea su tono de enciclopedia, sus descripciones evidentes.

¿Pensará que somos ciegos?

Un pisotón frente a Las meninas

Era enorme la pintura.

Nunca me la había imaginado de semejante tamaño.

Siempre fui malo leyendo el tamaño hecho números.

Era como cajones y cajones de papas.

O como un bosque de tilos.

O como el amor de Albert.

Caminé para atrás porque en ese momento estaba solo.

Pero no.

Mis talones se apoyaron en dos pies y un crujido y un uy, me avisaron.

Cuando me di vuelta había una espléndida sonrisa ibérica que me observaba.

Era Ángel.

Por las calles de Madrid y en el departamento de Ángel

-¿Vamos a la calle guapo?

-Sí.

-De dónde eres.

-De Argentina, de La Plata.

-Dónde queda La Plata.

-Cerca de Buenos Aires.

-Yo estoy de paso por Madrizz, vivo en Barcelona. Un chaval me prestó su apartamento por unos días. ¿Quieres venir?

-Bueno.

Fue una buena tarde con Ángel.

Hermoso varón ibérico. Simpático y charlatán.

-Pues quédate aquí conmigo así te ahorras el hostel.

-Bueno.

A la noche ya estaba en el departamento de Ángel.

No era un pesado con el tema de la papa caliente.

Tenía lo suyo, pero no era pesado.

Me acarició mucho durante una semana.

Cuando me despedí de él porque seguía a Portugal me dijo:

-Guapo, en serio que te estaré esperando en Barcelona.

Me pasó una tarjeta.

-¿Vendrás?

-Sí.

**Por las calles de Lisboa y con un fuerte llanto en el
Monasterio de los Jerónimos**

Lisboa es hermosa.

Más que eso.

Conmovedora.

Caminé.

Caminé.

El mar desde el otro lado.

Un varón poderoso señalaba desde su estatua hacia el horizonte
embravecido.

Pensé en Guillermina, o en su estatua.

Pensé en sus pelos larguísimos frente al mar.

Ondas. Muchas ondas enredando la percepción, como un cielo
de Van Gogh.

Llegué pasado el mediodía al Monasterio de los Jerónimos.

Gótico manuelino, de caracoles de mar y cosas y más cosas de
mar en capiteles y molduras.

Las voces de un coro sonaban adoloridas.

Entré y mi llanto profundo, de niño perdido en la playa de San
Clemente, desbordó todo el recinto.

En la Torre del Oro

Sevilla se veía bien desde el tren.

Pero desde el llanto en el Monasterio estaba extraño.

Tuve ganas de hablar con Sara.

Frente a la catedral me quisieron afanar.

Me sentí más raro todavía.

Vi la Virgen de la servilleta de Zurbarán.

Yo estaba hecho un trapo.

No sé qué me pasó.

Por ahí la pintura.

Por ahí yo.

Caminé hasta la Torre del Oro.

Me sentí peor.

Me fui a dormir y decidí a la mañana siguiente, irme.

Por ahí era esa ciudad.

La Alhambra

No era literatura.

Pero más o menos.

La llamé a Sara.

No estaba.

Fui a un boliche a la noche.

Me mamé y me fui con alguien que no recuerdo.

Ni recordaré.

Por Barcelona, un día.

Fui hasta lo de Ángel.

Lo llamé por teléfono desde la estación de tren.

-Te espero, guapo.

Era en la calle de Picasso.

El mar estaba muy cerca.

Era una casa fabulosa la de Ángel.

Le pedí que me tuviera algunas cosas que acumulé porque a la noche partía para Roma y que después volvería para estar unos días.

En eso entró otro.

-Este es Patricio, el chaval del que te conté.

Era su novio, Camil.

Me dio un cuarto para que dejara las cosas.

Me sentí miserable frente a tanto esplendor.

Partí para Roma en el tren de la noche pero antes los dos apoyaron sus bocas en la mía, partida.

En viaje nocturno hacia Roma

-¡Portbou!

Una voz estruendosa me despertó.

No tenía megáfono.

Sólo su voz de guarda entrenado.

Me acordé de Walter Benjamin y me volví a dormir.

-¡Des billets, s'il vous plaît!

Creí que se decía des passaggges, pensé entre dormido.

No sé donde estaba, el guarda me miraba esperando.

El mismo guarda.

Busqué el pasaje.

Lo miró.

Me miró.

Y vi a un flaco en el camarote que antes no estaba.

Me volví a dormir.

-Caro, caro...

No entendía qué pasaba.

Estábamos llegando a la frontera italiana.

Había un sol raro.

Miré.

-Qué manera de dormire, chaval.

El flaco del camarote me miraba y hablaba atravesado entre castellano e italiano.

-Dove sos.

-Argentina.

-¡Aryentina!

Me dice Maradona y lo mato.

-¡Maradona!

El flaco tenía la bragueta abierta y se le veía el calzón rojo.

Vio que lo vi.

Se rió espléndido:

-Sono de la sinistra, dico, digo, de la izzzquierda.

Me invitó a su casa de Roma.

Hablamos muy poco de política.

Escuché la misa de Réquiem de Mozart por primera vez.

En el Coliseo Romano, la última noche en Roma

Una noche helada apuntalaba a una luna pequeña y entera.

Muy luminosa.

Pero algo borrosa.

Habíamos salido con Renzo, mi compañero de tren, a festejar mi última noche en Roma.

Demasiado tequila, sal y limón.

Con nosotros estaban Antonieta y su novia.

Tenían un auto chico, más chico que un Fiat 600.

Entre más y más brindis se sumaron unos amigos de las amigas.

Ya éramos seis.

Renzo en cocoliche me preguntó por el Coliseo.

No fui.

Se armó un griterío cuando tradujo.

Me pusieron una bufanda de lana como venda en los ojos, y a los empujones me llevaron al autito.

Subieron todos.

Olí a Renzo adelante.

Los otros perfumes no los reconocí.

No me importó. Me mareaba el caracoleo del auto.

Y los gritos.

Me bajaron. Me hicieron agachar y de pronto cuando sacaron la bufanda, que hacía de venda en mis ojos, sentí una puñalada nueva que me golpeó la cara.

Estaba en el centro de la pista del Coliseo Romano.
Creí escuchar la carnicería animal, el griterío.
Pensé que serían los muchachos y muchachas.
No.
El pedo se había deteriorado por obra de una luna helada sobre
el techo de cielo del Coliseo Romano.
Aspiré hondo y grité fuerte.
Nunca había gritado.
Pero el Coliseo me devolvió ese grito horrorizado.
Mi vida se derritió entre miles de muertes atroces.
Entendí que mi vida no era la peor.
Ya sabía que la felicidad tampoco importa tanto.
Y ahí pinté un cuadro con enanos misteriosos en el fondo de mi
cabeza.
Sin mucha descripción.

Florenxia, tren desde Venecia a Milán, con escala

Y fui a Florenxia.
Y después a Venecia.
Aprendí a decir dopo morire.
No sé para qué.
En un puente pequeño de Venecia un tano más lindo que Nito
me dio un beso, tenía esmoquin y un piloto blanco y perfume
de varón italiano.
Era más lindo que La Fenice.
Y en medio del frío rosado veneciano, sin manotazos, aprendí
otra cosa: la cicatriz de mi boca era una atracción inesperada.
Aprendí a sonreír de ese lado.
Y la sonrisa que aprendí me hizo sentir que no era un desalmado.
Pensé en el tilo y la papa.
¿Los habrán regado?
Manuel sobre todo, que aprovechó mi casa en este viaje a lo
Simbad, inusitado.

Parada del tren a París en Milán

Estaba acodado en la ventanilla de mi compartimiento del tren.

Iba sólo, viajaba poca gente ahora.

Yo tenía sueño pero miraba a la gente en los andenes.

Tenía la cabeza apoyada del lado contrario a la cicatriz.

Me pareció bueno no ocultarla.

Antes intenté dejar que la barba hiciera lo propio. Pero se reveló la cicatriz y quedaba una línea blanca entre los pelos.

En definitiva el contraste era peor.

Decidí no preocuparme pero me encontré muchas veces con la mano apoyada de ese lado.

Desde la modorra Milán en su estación de tren era gris.

No fea. Industrial. Igual no quise bajar a conocerla.

Quería llegar pronto a París.

Los apuntes que seguía tomando en las hojas Rivadavia tenían más dibujos que oraciones.

Pocas poesías. Había tirado muchas y otras no las había construido aún.

Pasó un grupo de muchachas y muchachos, entre ellos el Sol.

Eran muchos los metros entre ellos y yo. Pasaban y parecía que el tren ya se movía. No, ellos recorrían la espina lateral de los vagones buscando señales.

Al pasar justo delante de la ventanilla, el Sol brilló más fuerte.

Mi papa se alegró.
Vi que varios vagones más adelante subieron en patota.
Me senté.
Me costaba respirar.
Me adormecí pensando en el Sol.
Me despertó el toc-toc en la puerta y antes de abrir agarré el pasaporte y el pasaje.
Abrí y ahí estaba el Sol con una mandarina en la mano, como una ofrenda.
No entendí nada del borbotón de palabras.
Después entendí que hablaba alemán.
El Sol no sabía inglés, ni francés ni castellano ni siquiera italiano.
No importó porque entendí. Después. Poco después.
Cerró la puerta y me abrazó entrañablemente.
Así nos quedamos un largo rato. Como quienes se reencuentran después de un largo desencuentro.
El tren arrancó y nos desestabilizó.
Nos sentamos y nos miramos.
Él farfullaba en alemán, yo en todos los posibles. De pronto empecé a entender.
Le hice señas de que hablara despacio y empecé a entender.
Yo también hablé lento y él también empezó a entender.
También las caricias eran lentas.
Era de Ginebra.

Tenía su departamento para él sólo.
Estuvieron un fin de semana largo en Italia con esos amigos con los que lo vi pasar.
Buenos amigos.
El Sol empezó a transformarse en tilo. Delgado al principio pero de hojas redondas y verdes re verdes.
Le aparecieron racimos de flores.
El compartimiento estaba lleno de olor a mandarina y a tilo.
Yo empecé a echar raíces con el vaivén del tren.
Él cerró con traba la puerta.
Y los vaivenes del mar empezaron entre ambos, lentos y carnales.
Después nos dormimos.
Pensé antes de dormirme del todo que ninguna cosa que leí de Rubén Darío hablaba de esto.
Susurré Reinaldo Arenas y me dormí profundamente.

En la frontera francesa

Llevábamos largo rato despiertos y parlotando a la luz de las
lmparitas.

Reinner, así se llamaba el Sol-tilo, insistía en que me bajara y me
fuera con él a Ginebra.

A vivir con él.

No tuve sospechas. Tuve miedo.

Por primera vez sentí miedo de estar con otro hombre.

Nos acercábamos a la estación.

Él parecía suplicar.

Y yo tenía miedo.

Sus ojos de Sol se llenaron de agua como cuando Albert vio mi
cicatriz y también escondió la cara.

En un papel le di mi dirección en Argentina y él la suya.

Se fue y parecía que tenía zapatos de cemento.

Me acodé en la ventanilla como cuando nos vimos y pasó ahora
sin luz.

Una mano amiga, apoyada en su hombro, le susurraba no sé que
cosas.

En ese momento la puerta de nuestro compartimiento se abrió
con sobresalto.

Entró una familia entera y ocupó su lugar, o al menos lo intentó.

No pudo.

En París, en la casa de Ana

Cuando bajé del tren sentí la falta de mi navaja.

Sonreí de pensarla en el bolsillo de Reinner.

Sonreí porque había aprendido otras cosas.

Pero arrastré mi bolso hasta la casa de Ana.

Deuxième arrondissement. Près de la Porte de Saint Martin.

Con Ana fuimos compañeros de las últimas materias de la facultad.

Ella se instaló inmediatamente después de recibida en París.

Era muy vivaracha.

Irradiaba picardía criolla y una pronunciación maravillosa en francés.

Trabajaba de institutriz y alquilaba un estudio.

El resto del tiempo conocía hombres y hacía algunos seminarios en La Sorbonne.

El monoambiente me recibió con alegría y Ana con sonoro beso en la mejilla, en las dos.

-A ver, me dijo, pero qué lindo estás.

-Gracias Ana, vos también estás relinda.

Frunció su carnosa boca pintada de rojo, estiró la cintura y con sus exuberantes tetas apuntándome

-Sé sincero, ¿creés que estoy deseable?

No sabía bien qué contestar.

-Disculpame, mirá lo que te vengo a preguntar a vos.

-No, no, sí estás buena, creo.

-Vamos a pasear, hoy me tomé el día para que salgamos juntos.

Me dejó darme una ducha, me puse la camisa menos arrugada, mucho abrigo encima y partimos del brazo.

No fuimos al Louvre.

Ni a la Torre Eiffel.

Ni al Palais Garnier.

-Andá vos después y aprovechemos un poco de sol en este invierno de mierda de París.

Lo imaginé a Reinner. Le hubiera dado otro Sol a París.

Me llevó al Mercado de Pulgas.

Era como un San Telmo pero divertido.

Había cosas muy antiguas y caras pero nos pusimos unas pelucas de canicalón de otro puesto para sacarnos una foto.

Todo era una risa para Ana.

Y a mí también me daba risa su risa.

No demasiada.

Pero más que de costumbre.

Tomamos un café en la calle.

Y fumamos.

Y me contó de sus novios.

Perdí la cuenta.

¿O eran sus amantes?

-¿Estás escribiendo? me preguntó después de contarme su última historia con un profesor japonés.

-Poco.

-No mientas que te conozco.

-En serio, ahora sólo estoy inusualmente viajando.

-Inusualmente, qué literario estás.

-Puede ser, debe ser por Simbad y Las mil y una noches.

-Mejor contame de tus noches. ¿Seguís con la manía de decir papas?

-Creo que sí.

-¿Por qué no podés llamar a la cosas por su nombre?

-No me acuerdo.

Primera noche en el departamento de Ana

Hacía demasiado frío.

Decidimos volver al departamento de Ana para cenar y tomar un vino.

Yo estaba muy cansado y necesitaba un poco de hogar.

De camino compramos unas cosas en un supermercado.

El departamento estaba muy tibio, casi demasiado para mi gusto.

Nos quedamos descalzos y empezamos lo preparativos de la cena.

Ana puso música, obviamente francesa.

-Para que estés en clima.

Mistinguette.

Comimos y Ana estaba a cada momento más divertida.

Me sacaba de ese estado mío.

Cuando la última gota de mi copa cayó cerca de mi cicatriz eran más de las doce de la noche.

-Tenés sueño, ronroneó Ana.

-Me gustaría acostarme, ya me duele la espalda de dormir en trenes.

-¿Dormir? Y se rió.

Algo le había contado de Reinner.

No mucho. Sólo lo que a ella le gustaba escuchar.

Tenía que dormir en un colchón en el suelo.

No me importó.

Ella se fue al baño y me quedé dormido.

Semidormido sentí la mano de Ana bajándome el calzoncillo.

Entreabrí los ojos y los volví a cerrar.

-¿Puedo?

-Bueno.

Ella condujo la marea.

A veces mi energía es sacada con un sifón, por fuerzas más grandes, pero es siempre temporal.

El resto de mi estadía en París

Visité los lugares a los que Ana no quiso acompañarme.

Fui al Louvre.

A la torre Eiffel.

Al Palais Garnier.

Y caminé por el borde del Sena.

Entré en alguna librería.

No compré nada.

En Montmartre me hicieron mi perfil en cartulina negra.

Vi mi sombra.

Decidí hacerme una escapada a Londres.

Un día en Londres, sólo un día

Tomé el tren París-Londres.

Estuve en un túnel largo y sumergido durante unas horas.

Por debajo del canal de La Mancha.

Por primera vez pensé en alguna simetría. Entre la cuestión de hechos y algo de mí: túnel-sumergido-La Mancha.

Sólo un día en Londres.

Visité Trafalgar Square y después la National Gallery.

Me sentí bien con el contraste entre París y Londres.

Creo que el cambio de lengua me aportó descanso.

Entré a una iglesia en una esquina de Trafalgar Square, Saint Martin in the fields.

Pensé en los campos.

El atardecer estaba en la iglesia, otro atardecer.

Había, entre una multitud de gente reunida en el interior, un crepúsculo de velas.

La multitud se inmovilizaba ahí adentro.

Empezaba un concierto de música barroca.

Vivaldi primero, creo.

Me senté en el piso apoyado en una columna y escuché.

Escuché.

Al rato me escuché.

Me escuché pensar que la única cuestión sería a considerar era la idea del suicidio, entre mundo y mundo.

A la noche volví a París, creo.

Despedida de Ana

-Gracias, Ana, por tu hospitalidad.

Le di mi sombra de perfil de regalo.

-No, gracias a vos por haberme traído un poco de olor a tilo a mi sucucho. ¿Me escribís?

-Sí.

Nos cruzamos cuatro besos.

De nuevo en Barcelona en la casa de Ángel y su novio Camil

Llegué poco antes de la cena, previo llamado.

-Pues claro, hombre.

La voz de Ángel era profunda y risueña.

Los dos preparaban la cena y veían una pelea de box.

-Toma castaña, gritó Ángel.

Me dio risa.

Camil me miraba seductor.

Comimos y la música de la cena era yanqui.

Cole Porter: So in love, en la voz de Ella Fitzgerald.

-¿Duermes con nosotros?

Ángel fumaba hachís despreocupado y brillante.

-Bueno.

-¿Vamos pasado mañana a nuestra casa de la playa en Sitges?

-¿Es lejos?

-No.

-Bueno, pero el domingo tengo que estar en Madrid para volver.

Al día siguiente visité un poco Barcelona.

Lo típico y otras cosas.

Entre ellas La Sagrada Familia.

No lloré.

Visita a Sitges

El camino era de película.

Por el borde de la montaña zigzagueamos hacia Sitges.

De un lado nos arrinconaba una pared, del otro el barranco hacia el mar.

Los dos vaivenes, el del mar y el del auto, me revolieron el estómago, para gracia de Ángel que manejaba y de Camil que me tocaba estirando su mano hacia atrás, descaradamente. Llegamos a la espléndida casa de la playa, caminé por ese pueblo que alguna vez fue de pescadores y ahora de pesca de putos y tortas.

Comimos.

El viento helado no me molestaba.

Camil me molestaba.

Dormimos la siesta.

Aproveché que Camil dejó su billetera en la mesa de la cocina y le saqué unas pelus.

Por la noche anterior y por la siesta.

Quizás para que aprenda a no abusar de las conquistas del otro. De Ángel. Que no pensara que soy propiedad transitiva. Ganate lo propio, pensaba, mientras me guardaba en el bolsillo derecho la guita.

Se dio cuenta y me hice el boludo con una semi sonrisa en mi cicatriz.

Comprendió. No dijo una palabra. Sólo me dejó una notita a escondidas de Ángel: la próxima llamo a la policía.

La miré y la dejé como si no la hubiera leído.

No se me arrimó nunca más hasta que me fui.

No hablando, la gente, a veces también entiende.

Con ese dinero le compré un regalo de despedida a Ángel.

Emocionado me besó: justo lo que quería.

-Adeus.

-Petunets, alcancé a escuchar desde mi ventanilla rumbo Madrid.

En el avión, de regreso a la Argentina

La cena en el avión era fea.

Tenía demasiada hambre y la comí toda.

El avión iba notablemente vacío.

Viajaba solo en la hilera central del boeing 747.

Estaba reclinando el asiento cuando percibí resistencia.

Miré hacia atrás y un hombre sonreía y me hacía señas de que le golpeaba las piernas con mi asiento.

Lo invité a mi lado. Aceptó con una sonrisa como la del carnicero

Aldo.

Era un turco que hablaba perfecto inglés, como diferencia.

La única.

Las mantas de viaje y las luces apagadas hicieron el resto.

Cuando me desperté estábamos en una escala en Río de Janeiro.

El turco ya se había bajado.

Decidí seguir durmiendo. Estaba muy cansado.

En Ezeiza tomé un remis a La Plata.

Eran las tres de la mañana.

El reencuentro con Manuel en mi departamento

Llegué a mi departamento a las cinco de la mañana.

Los tilos en La Plata estaban maduros.

El calor de la madrugada era típico de febrero.

Respiré hondo cuando bajé del taxi.

Entré a mi casa sin hacer ruido.

Manuel dormía a pata ancha, boca abajo.

Sintió mi mirada en la media luz.

Se levantó como sonámbulo sin hablar.

Nos abrazamos estrechamente, igual que con Reinner, nos quedamos un largo rato. Como quienes se reencuentran después de un largo desencuentro. Éste era exactamente así.

Un largo desencuentro.

Tomamos mate en el balcón, hablamos mucho de nada.

Cuando el sol se puso fuerte nos echamos en la cama grande y nos dormimos.

Al despertarnos eran ya más de las tres de la tarde.

Comimos algo, creo que una ensalada.

-Bueno, me voy.

-No te vayas Manuel. Hay lugar para los dos.

A las seis de la tarde se fue al trabajo. Estaría en el locutorio hasta la una de la madrugada.

El reencuentro con Sara

Cuando Manuel partió, acomodé algunas cosas y puse en el lavarropas la ropa sucia, toda.

La llamé a Sara.

Estaba del otro lado del teléfono a los gritos: voy para allá.

En menos de quince minutos estábamos abrazados. Nos abrazamos estrechamente, e igualmente que con Reinner nos quedamos un largo rato. Como quienes se reencuentran después de un largo desencuentro. Éste era exactamente así.

Un largo desencuentro. Como con Manuel.

Sara me miraba y no dejaba de preguntarme. Sin dejarme responder iba a la carga con otra pregunta y otra y otra.

Estaba hermosa pero distinta.

Hermosa como siempre.

Distinta como nunca.

-Estoy embarazada.

-¿De quién?

-No sé.

-¿Qué vas a hacer?

-Tenerla.

-¿Tenerla? ¿Ya sabés el sexo?

-Sí y no.

Me senté.

Ella fue a tomar agua de la heladera.

Se sentó a mi lado.

-¿Te parece mal?

-No sé, pero ¿cómo vamos a hacer?

-Cómo ¿cómo vamos a hacer?

- ¿Les dijiste a tus viejos?

-Sólo les comuniqué.

-¿Y?

-Nada, como siempre.

-¿Y en el laburo?

-Todavía no comenté nada, me falta un mes para que me blanqueen y podré decirlo sin que me puedan echar.

Noté que tenía las palmas de las manos muy transpiradas.

Noté cuánto la había extrañado. Los había extrañado.

-Sola no vas a poder.

-No soy ni la primera ni la última persona que cría a una hija sola.

-¿Pero sabés quién es el padre?

-Sí.

-Entonces...

-Entonces nada. Decidí tener a mi hija, no tener una pareja, ni ninguna de esas mierdas que ya sabemos.

Pensé que tenía razón. Pensé en cómo haría con su sueldo para pagar el alquiler, mantener a la nena. Ya había asumido que era una nena, no sé cómo me volvió a convencer.

-¿Te podés quedar hasta que llegue Manuel?

-Sí, claro.

-¿Podés acompañarme al súper?

-Sí nene, estoy embarazada no lisiada.

Sin duda Sara era hermosa.

-Estás muy lindo vos, ¿me vas a contar detalles?

-Después de las compras.

Salimos al fragor de los tilos, a un anochecer húmedo y caluroso.

Cuando Manuel llegó brindamos y comimos.

Él ya sabía.

Noté cuando acompañé a Sara a tomar un taxi que casi no rengueaba.

¿Sería obra del embarazo que su pierna acortada de nacimiento se había extendido?

Nunca supe por qué Sara nunca más rengueó, de esa pierna.

Tercer movimiento

Scherzo (Allegro)

Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

La Heroica

Inauguraba la temporada del Teatro Argentino con la Tercera Sinfonía de Beethoven.

Era la primera vez que la escuchaba.

Las luces del teatro se apagaron y comenzó la sinfonía, al rato creí percibir algo extraño en esta extraña obra que se hermanaba con la genealogía de Brahms, Schumann, Wagner, Malher y también confusamente con Freud. Me sonreí al pensar en cómo sonaría una sinfonía de Freud, del doctor Sigmund Freud.

Creo que en esta Tercera Sinfonía se expresaba el inconsciente. ¿Existirá tal cosa? Al menos existe en el lenguaje. Ya está instalado. Algo ahí me decía: “Escuchame y vivirás todo conmigo”.

Y escuché.

Lo cómico y lo provocador.

También lo sórdido.

Y una especie de escapada de murciélagos frenéticos.

Pensé lo que le costó escribir todo eso. A Beethoven.

Me vi como alguien que se ve con ojos nuevos y se da cuenta de que no es especial.

Escuché “esto es lo que experimenté en mi vida y quizás otros lo experimentarán, de alguna manera”.

Y llegaba el final de la obra y escuché que decía a los gritos: “este es el final, este es el final, ¿entienden?, EL FINAL, se terminó”.

Cuando llegué a mi casa tomé una decisión.

Muy clara.

La llamé a Sara para que viniera a la noche siguiente.

A Manuel lo mismo, pero el mensaje estaba en un papel, en la cocina.

Era sábado así que ninguno trabajaría en domingo.

Me acosté contento pensando en buscar a la mañana, en los libros, la historia de la composición de La Heroica de Beethoven.

Me dormí con murciélagos frenéticos en la cabeza.

La Sinfonía N° 3 en Mi bemol mayor Op. 55 de Ludwig van Beethoven

Leí acerca de la decepción de Beethoven con Napoleón Bonaparte.

Leí cómo el manuscrito tiene borrado hasta la rotura del papel el nombre de Bonaparte.

Hizo un agujero para borrar la decepción.

También entendí algo entre las categorías y su rotura.

¿Sería yo una decepción por lo que de tan chico me querían hacer el agujero? Los agujeros.

Pensé en todos los orificios de mi cuerpo.

Tenían categorías, formas y funciones como una sinfonía.

Pero también entendí que se pueden usar de otra manera.

La anatomía está preparada para que todos los agujeros corporales puedan ser entrada y salida.

Pero a los varones nos tienen prohibido el uso del agujero del culo como entrada.

¿Quién lo habrá dictaminado?

Para qué.

¿Acaso no se puede hacer como Beethoven y usar las formas para expresar otras cosas? Sin tanta milonga, pensé, y otra forma musical me hizo reír.

También recordé a tantos justificando: a Foucault, a Passolini, a Stonewall, a Puig, a Perlongher. Pobre Oscar Wilde también.

Creo que los griegos antiguos no. Ni los indios de Nueva Guinea.

Igual no importa. Se supone que estamos en el siglo XX.

A finales.

Pero hay agujeros temporales y las cárceles de Piranesi están grabadas en las calles, en los tilos, en las papas.

Quizás también en Freud y en Lacan. O sus seguidores.

Poetizar con el cuerpo no se hace.

Las bionecesidades marcan una categoría, la categoría, como el segundo movimiento de una sinfonía. Debe ser un movimiento lento.

Beethoven en la Heroica lo hizo como Marcha Fúnebre.

Como marca fúnebre.

¿Lo hizo con la forma de su decepción?

Voy a empezar a pintar.

Voy a hacer música.

Voy a empezar a hacer cine.

Voy a seguir fotografiando.

Voy a seguir escribiendo.

Aunque sea como el culo.

Como se me cante el culo.

Que el culo como agujero, cante.

Eso pensé. Porque sí.

El amor como el culo o con cara de culo

Cuando Manuel se despertó me preguntó a qué venía esa suerte de reunión de consorcio.

-Sin tanta cosa, Manu, quiero decirles algo a los dos, en realidad una propuesta.

-Dale, adelantame algo.

-Bancate un poco.

Desde que con Manu vivíamos juntos empezamos a coger.

No obligatoriamente. A veces pintaba.

Sus besos dejaron de ser ácidos.

Pero entendimos que estábamos unidos.

Estados unidos. Nuestros estados de ánimo se unían sin mayor dificultad.

Sin mucho que decir nos reíamos, sin mucho que callar cogíamos.

Con Sara también me pasaba igual. No vivíamos juntos como única diferencia.

Por ahora.

Los tres a la noche del domingo

Ya terminada la cena tan mentada, en la que tanto Sara como Manu esperaban como un misterio, les dije mi propuesta.

-Me quiero matar.

Un silencio helado anduvo en la cara de los dos.

-¿Qué decís mamarracho? Sara tenía la cara roja de indignación.

Instintivamente se tocó su ahora prominente panza.

Manu tenía todas las sombras de la habitación en sus ojos y en su boca.

Para variar había elegido mal las palabras de arranque.

Me di cuenta en el espejo de sus caras que fueron una mala decisión esas palabras.

Así se los dije.

Doble trabajo ahora de empezar de nuevo con mi propuesta.

¿Cómo retirar el estado anímico que les provoqué?

No podía borrar las palabras del aire.

No podía hacer un agujero en el aire para desaparecer palabras que sonaron a una última decepción.

-Podemos rebobinar la película, dije como el culo.

-¡No! casi me gritaron al unísono.

-Habla de corrido, querés. Sara ahora estaba blanca.

-No te hagás el Hitchcock. Manu estaba rojo de bronca ahora.

-Para variar soy un animal. Siempre tengo que escribir la errata.

Mi vida como errata.

Tome un trago largo de vino y prendí un cigarrillo, Sara abrió la ventana.

Y así comencé a explicar más detalladamente que quería matar a ese Patricio que ya no quería. Que conciente de mi soledad podía buscar al otro. A esos otros que eran ellos. Que no tenía que seguir buscando tan lejos. Quería vivir con ellos dos.

Los tres juntos.

Sin matrimonio, sin patrimonio.

Otra asociación posible.

La nuestra de hecho.

Pero quería el todos los días.

El compartir así como esa cena, y el nacimiento de la hija de Sara, todos en una sola casa.

Les proponía vender mis dos departamentos y comprar una casa para que podamos vivir juntos los cuatro, la nena también. Que la nena sea de los tres.

Que la vida sea de cada uno y de los tres.

Manu y Sara se miraron.

Yo sabía que ellos también se habían cogido.

Explotó una carcajada en Sara.

Y así planeamos la compra de nuestra nueva casa.

Y también dijimos que no éramos hippies.

Porque sí.

A la búsqueda de una casa

Mis dos departamentos ya estaban con sus respectivos carteles de venta y con candidatos firmes de compra.

El tema era encontrar una casa en La Plata, esa casa que soñamos durante semanas con Sara y Manu.

Si bien nuestras condiciones no eran insensatas era difícil encontrar algo parecido.

Necesitábamos por nuestros trabajos estar en un radio acotado: entre las calles 118 a 19 y de 44 a 71.

Martín, el de inmobiliaria, me explicaba las dificultades, los costos, yo persistía: si no hay algo parecido a eso no vendo los departamentos.

Fueron como palabras mágicas. No sabía que existiera la magia en el mercado inmobiliario. Pero así fue.

Aparecieron al día siguiente de esa conversación tan escueta dos casas, por así llamarlas. Dos ph, pasillo al medio una, pasillo al fondo la otra.

Fuimos los tres a verlas, mejor dicho los cuatro con el de la inmobiliaria.

Ambas casas estaban aún habitadas.

Pero cuando vimos el ph al fondo nos miramos como trimonio que éramos, ante la mirada algo perturbada del vendedor y supimos al unísono que ésa era la casa.

Nuestra casa.

La panza de Sara estaba a sólo tres meses de explotar.

La mudanza a las apuradas y los arreglos

A la semana siguiente estaban todos los papeles en marcha.

La guita alcanzaba justa.

Vale decir que los arreglos había que encararlos con algún ahorro que teníamos con Manu y con algo de nuestros sueldos.

Finalmente un sábado a las seis de la tarde estábamos los tres en medio de una cacofonía de cajas en nuestra casa que tenía eco.

El nombre de la nena

Faltaba poco para el nacimiento de la nena.

-Ya estoy en fecha y todavía no me decidí por el nombre.

Sara, más que preocupada, lo dijo para compartir.

Una sola vez había dicho al pasar que hasta no verle la cara no imaginaba ningún nombre.

-Primero la cosa, después el nombre. No la quiero sentenciar.

De todas maneras esa tardecita cada uno de nosotros puso en un papelito un nombre en una bolsa de nylon.

Sara fue sacando los papelitos de a uno.

-Sara.

Otro papel.

-Manuela.

Finalmente el último.

-Patricia.

-Una originalidad desbordante, dije y nos reímos de los tres.

Una lluviecita pegaba en los vidrios de nuestra cocina.

Me paré y vi por los vidrios de la puerta el patio aún a medio arreglar.

Había un viejo limonero torcido y verde oscuro en el medio de un embaldosado desvaído.

Me colgué de unas gotas que resbalaban de esas hojas negruzcas.

Escuché a través de las gotas a Sara negar los tres nombres por motivos claros.

No recuerdo cuáles.

Dije Alberta.

De golpe y de la nada. O desde las gotas.

Porque sí.

Sara aplaudió.

Manuel me abrazó de pronto desde atrás.

Pintamos luego la habitación de Alberta de amarillo sol.

Esa noche a la madrugada Sara rompió bolsa.

Alberta nació a la mañana.

Como si siempre Sara hubiera estado pariendo.

Como si Alberta siempre hubiera estado naciendo.

Febrero otra vez

Nuestra casa ya funcionaba.

Alberta ya gateaba.

Manu no andaba bien.

Sara estaba un poco loca, pero soportable.

Los tilos de esta casa estaban enfrente.

A la noche se colaban intangibles por nuestras ventanas abiertas.

En el patio de la casa teníamos un jazmín trepador.

Lindos olores, pero Manu no andaba bien.

Desde el nacimiento de Alberta estaba como arrinconado.

Era siempre afectuoso pero tenía como una pátina deslucida cuando caminaba.

Sara lo cargaba:

-Estás celoso, estás celoso.

Pelaba una enorme teta blanca ahora adonde Alberta practicaba a ser sanguijuela.

Sara parecía haber perdido la concha por un tiempo, era sólo una gran teta.

Pero Manu cada vez llegaba más tarde del laburo.

Algunas noches que dormíamos juntos se revolcaba en la cama y sobresaltado decía Evita. Tres veces lo mismo.

Pensé en sus padres montoneros.

Después me olvidé.

Nos contó que había conocido a un flaco en el locutorio y que le gustaba coger mucho con él.

-¿Quién te prohíbe algo?

-No, ya sé, pero no me entiendo.

-Qué tiene que ver coger con amar.

-A veces nada.

-Siempre nada.

El ping pong de frases entre Sara y yo parecía ensayado.

Manu se enojó mucho.

Pegó un portazo que repercutió en un sobresalto de Alberta.

Se fue.

Sara se destornilló con el dedo algo en su cabeza y me miraba buscando algún acuerdo.

No entendí.

El anuncio de Manuel

-Me voy a vivir con Gustavo.

Esa misma tarde se mudó.

Nos pidió a Sara y mí que le devolviéramos la plata que había gastado en los arreglos de la casa.

-Bueno.

Le dije.

-Por qué no te vas a mismísima mierda.

Sara lo susurró para no despertar a la nena.

Alberta camina

La nena caminaba como borracha.

Pensé que todos andamos medio así, en pedo.

Al pedo.

Hacía más de cuatro meses que no sabíamos nada de Manuel.

Y ya no trabaja más en el locutorio.

Alberta nos traía novedades sabidas.

Nos divertía bastante. O nos distraía de no sé qué.

Saqué muchas fotos.

Lo extrañaba a Manuel.

Un poco.

¿Por dónde andaría?

Una carta de Sara

Querido Patricio:

Te dejo los papeles de Alberta y la libreta sanitaria en el segundo cajón de la cómoda.

Hay pañales suficientes y en la lata de mi cuarto te dejo cien pesos.

Hay que ir a buscarla a la guardería a las cinco.

Sé que la vas a cuidar bien.

Necesito irme por un tiempo.

Te escribo porque no puedo mirarte.

Cuando pueda te llamo.

Un beso.

Sara.

Las mil y una

Mi mundo estaba desmoronado.

Igual a la cinco fui a buscar a Alberta.

Lloró diciendo mamá durante cinco días y cinco noches.

Después nunca más la nombró.

Durmió conmigo hasta los siete años.

Afánisis

“En sus artículos «El desarrollo precoz de la sexualidad femenina» (1927) y «El miedo, la culpabilidad y el odio» (1929) reproducidos en Papers on Psycho-Analysis, Ernest Jones considera que el miedo a la castración, específico del hombre, tiene como equivalente en la mujer el miedo a la separación o al abandono. Se trataría de manifestaciones diferentes de una angustia primaria común a los dos sexos: el miedo a la afánisis (desaparición), abolición de la capacidad de experimentar un placer sexual o incluso de la posibilidad de obtener esa satisfacción. Esta amenaza de una extinción de la sexualidad llevaría a tener que renunciar al objeto deseado, o bien al propio sexo. Pero a los efectos de la privación se sumarían los de la inhibición cuando el miedo a desear conduce a una especie de afánisis artificial. Lacan ha visto en esto un «paso en falso» de Jones, quien habría desestimado la primacía de la castración, e imaginado ese miedo a ver extinguirse el deseo. También ha propuesto situar la afánisis en un nivel más radical, el de un movimiento de fading, de desvanecimiento, de eclipse del sujeto: «Sólo hay surgimiento del sujeto en el nivel del sentido por su afánisis en el lugar Otro, que es el del inconsciente» (1964, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis). En otras palabras, toda vez que el sujeto está identificado con un significante, desaparece en el inconsciente; su alienación consiste en esa división en la que se pone en juego su pérdida y en la que no aparece en un lado sino por borrarse en el otro.”

No entendí nada.

Sólo la palabra desaparición.

Alberta decía tener hambre con una boca muy redonda y su enorme sonrisa.

Me zampó un beso en el brazo en el que sostenía el diccionario. Porque sí.

El amor tenía cara de nena.

Consigo un mejor sueldo

En la facultad donde trabajaba me propusieron estar a cargo del departamento.

Me faltaban pocos meses para cumplir mis treinta años. No estaba mal.

Eso triplicaba mi sueldo.

Acepté.

Me hacía falta, igual seguí con los alumnos particulares mientras Alberta jugaba en el patio cuando no llovía.

Un llamado de Sara

-Hola Pato. ¿Cómo estás?

-Bien.

-¿Y la nena?

-Bien.

-¿No tuviste problemas con los papeles que te dejé del escribano por la tenencia de la nena?

-No.

-¿Me dejás hablar con Alberta?

-Está en la escuela.

-Claro, qué boluda. Bueno, chau.

-Chau.

Aparece Manuel

El timbre sonó indeciso en la madrugada.

Esperé.

Volvió a sonar la indecisión.

-¿Quién es?

-Pato, soy yo.

Cuando fui a abrir la puerta, vi cómo Alberta dormía profundamente.

-Pasá.

-No, no, no puedo, dijo Manuel.

Estaba como cuando lo encontré a Chiche, sucio y tembloroso.

Entró al pasillo.

Yo me cerré fuerte la bata, hacía mucho frío.

Me abrazó y entre un sollozo casi inaudible me dijo lo maté.

Me separé de él apenas.

Vi rastros de sangre en su ropa.

Ahora era como el carnicero Aldo y su delantal.

-¿A quién?

-A Gustavo, fue un accidente, te juro que fue un accidente.

Me dio un fuerte beso en la trompa y salió corriendo en la oscuridad pelada.

Nunca más supe de él.

El cumpleaños de Alberta

-Cumpló siete, cumpló siete.

La chiquita saltaba en mi cama muy temprano.

-¿Me das mi regalo, papá?

Bajé la mano, tanteé debajo de la cama y salió su caja de regalo.

La impaciencia rompió y estrujó moños y papeles.

Cuando vio la cámara los deditos la recorrían buscando no se sabía qué.

Encontró lo que buscaba y me disparó.

Al ratito estaba yo ahí, en un costado, casi asomándome con ojos achinados y mi cicatriz sonriente.

Me volvió a disparar cuándo preparaba la leche del desayuno.

-Papá, quiero ver a mamá.

-Bueno hija, dame unos días porque no sé bien dónde está.

Hablo con Sara por teléfono

Conseguir el teléfono de Sara fue un problema no tan largo finalmente.

Estaba en Buenos Aires.

Cuando me atendió enseguida me preguntó por la nena.

-Quiere verte.

-¿Cómo hacemos?

-Vení el sábado a la tarde a La Plata, a las tres de la tarde te esperamos en Parque Saavedra.

Sara y Alberta en Parque Saavedra

Cuando llegamos de la mano con Alberta al Parque ella ya estaba ahí.

Rengueaba ahora con la otra pierna.

Se le notaba que trataba de disimularlo con su amplia sonrisa.

Alberta la miraba fijo.

-Hola Alberta.

-Hola Sara.

-Las dejos solas un rato.

Acordé que a las cuatro pasaba a buscarla.

Miré el reloj, estaba enturbiado. Eran las cuatro y media y nos las veía por ninguna parte.

El parque empezó a girar con la calesita.

A las cinco se detuvo.

Sentí la manito en mi espalda.

-Pá, mirá lo que me compró Sara.

Desde su alegría me mostraba un muñequito pálido y contrahecho.

-Y anduvimos en los juegos también.

-Disculpá la tardanza.

-No te disculpo nada.

-Está bien.

Alberta la abrazó y le dio un beso entrañable.
Yo creí morir.

Algunas cosas de acá y de allá

La vida con Alberta era muy interesante.

Ella ya estaba en la secundaria.

Estudiaba en el bachillerato de Bellas Artes, plástica.

Pero también sacaba fotos.

Y también tocaba la guitarra.

Era una adolescente hermosa y decidida.

Volvió de tanto en tanto a ver a su madre.

Yo conocí a Ignacio y hacía cinco años que compartíamos las cuentas, las vacaciones, los actos escolares y la cama.

La casa estaba siempre llena de amigos, de música, de adolescentes también.

-¿Papá, puedo ir a bailar?

-¿Adónde?

Alberta titubeó.

-No, la verdad es que quiero salir con Pablo y estar con él.

-¿Estar con él?

-Si pá, avivate.

-De qué.

-Que quiero estar con él es coger.

-Ah. ¿Te cuidás hijita?

-Sí papá. Ya me lo dijiste cuarenta millones de veces y ya entendí.

-OK, perdoname la insistencia.

Me dio uno de esos abrazos de los suyos y corrió a cambiarse.

Ignacio me miraba entre cariñoso y divertido.

-Vos sabías que la nena cogía.

Mi pregunta sonó estúpida.

-Ay Pato, tiene diecisiete años.

-¿Y?

-Vos a qué edad empezaste.

-Es distinto.

-No.

-Bueno amor, como quieras.

E Ignacio siguió sumergido en la revista en la que estaba.

Una carta documento

Pocos días después de la salida de Alberta con Pablo. recibí una carta documento de una abogada. De una yegua.

A la mañana me apersoné.

Noté que la abogada entre sonrisas babeaba un poco, o escupía para hablar.

Sugirió como al pasar que mis hábitos de vida no eran muy adecuados como para negarme al pedido de una madre.

Sara reclamaba estar con su hija antes de la mayoría de edad.

Apenas unos meses antes.

La mina en cuestión me habló amenazante, después, de los derechos de Sara.

Le dije que hablaría con Alberta y la llamaría para comunicarle.

Alberta decide

-Bueno, hija, así están las cosas.

Le había explicado la demanda y ella escuchaba en silencio.

-Qué pensás pá, qué tengo que hacer.

-Qué te gustaría hacer.

Cebó un mate y me lo alcanzó.

-Tengo miedo de que no te guste.

-No te preocupes, sabemos que nos amamos mucho.

Yo ya había entendido. No quería herirme pero quería irse un tiempo con Sara.

Sentía dragones lanzallamas en todo mi cuerpo.

Mi cara no lo mostró. La amaba demasiado para hacerla.

Años después supe por su boca enojada que muchas veces la había herido.

Lloré sin Ignacio.

Solo en el costado de la parrilla.

En la parrilla.

¿Me prestás este libro?

Alberta ahora esplendida y de visita por casa, amorosa e independiente me pedía prestado el Ars amandi de Ovidio.

-Sí hijita, llevalo.

-Los tipos son unos hijos de puta. Dijo desde las teorías queer que estudiaba en la facultad y desde su ya experta vida amorosa con variados muchachos todos muy heterosexuales y hermosos.

-Andá a la mierda. Rugí como un tigre.

Entendió que el horno no estaba para bollos.

-Disculpame pá, demasiadas teorías me confunden un poco. No logro juntar la teoría con lo que me pasa.

Junté los platos de la mesa y ella preparó su mochila.

Ya tenía que volverse a su casa, tenía que rendir una de sus últimas materias en Letras.

Metí la mano en mi bolsillo derecho y le di cien pesos.

-Gracias pá, me vienen bárbaro.

Su abrazo me reconcilió.

Pasaje a la India

-Me voy a la India susurré.

-No te entiendo pá, habla más fuerte, este teléfono es una mierda.

-No puedo hablar más fuerte. Que me quiero ir a la India.

-Está buenísimo, andá y me podrías llevar... ¿por qué no podés decirlo más fuerte, con quién estás?

-Después te explico.

Ahorrando para seguir viaje

Sigo juntando plata para ir a la India.

Es una carrera un poco desahogada, pero aún no llego
con los dólares.

Siempre suben.

Se van por las nubes.

Yo que pensé que estando como estoy en las nubes al menos
estaría más cerca de los dólares.

Pero no.

Porque sí.

En la India

Todo muy impresionante, como siempre hay cualquier verdura,
pero ¿cuánto costará un pasaje a la Luna?

Cuarto movimiento

Finale

Sinfonía N° 3 Ludwig van Beethoven

Los finales

Puedo contar muchos finales.

El final

Cuando llegue mi final ¿cómo lo voy a contar?

Índice

PRIMER MOVIMIENTO

Cuando el amor no tiene cara de mujer	9
Andá a la verdulería	11
Volví a la verdulería	13
A la noche en el galponcito	15
Otra vez con Jorgito	17
Septiembre en la escuela	21
Al otro día a las cinco y media en el cañaverál.	25
Perdí mi gato	27
Mientras Ernestito duerme y Chiche no vuelve	31
La chica nueva del barrio tiene un jotpants turquesa	33
El hermano de la chica nueva del barrio con jotpans turquesa	35
Apareció Chiche en lo del carnicero.	37
Terminé séptimo grado	39

Jorgito me cuenta un secreto	41
Al fin voy a las ocho a la verdulería	43
A falta de verduras, buenas son las carnes.	45
Otra vez en la casa abandonada, sin buscar a Chiche	49
Un problema en la casa abandonada	51
Escribo mi primera poesía	53
Después de mi primera poesía	55
La mamá de Jorgito me invita a San Clemente	57
La noche antes de ir a San Clemente	59
En la chata del tío Dani rumbo a San Clemente	63
En la playa	65
Llegan Pino y Osvaldo al camping	67
Segundo día de los hermanos en el camping	69
Se cayó un árbol en el camping	71
Ayer se fueron Osvaldo y Pino	73
Otra vez Jorgito	75
La última noche en San Clemente	77
Escribo mi segunda poesía	79
De vuelta a La Plata	81
En la verdulería	83
Antes de mi casa, por un rato	87
Ya en casa, por un rato	89
En mi pieza, con Ernesto	91
En la cocina, con mi vieja	93
Camino al centro	95
En el centro	97
De nuevo en la calle	99
En la casa de Alberto	103
En la casa de Guillermo	107
Tres años con Guillermina	109

Todavía en lo de Alberto	111
Con Guille en el zoológico, después con Guille en la pileta	113
Polvo en el viento	117
Beso ácido y golpe mojado	119

SEGUNDO MOVIMIENTO

Cargando mi auto azul rumbo a mi primer departamento	123
En el balcón de mi departamento	125
Los amigos en mi casa	127
Albert se murió	129
Manuel habla de viajes y de Simbad	131
Una cena con Sara y el tilo en invierno	133
En el aeropuerto de Barajas	135
En el Prado	137
Un pisotón frente a Las meninas	141
Por las calles de Madrid y en el departamento de Ángel	143
Por las calles de Lisboa y con un fuerte llanto en el Monasterio de los Jerónimos	145
En la Torre del Oro	147
La Alhambra	149
Por Barcelona, un día	151
En viaje nocturno hacia Roma	153
En el Coliseo Romano, la última noche en Roma	155
Florenia, tren desde Venecia a Milán, con escala	157
Parada del tren a París en Milán	159
En la frontera francesa	163
En París, en la casa de Ana	167
Primera noche en el departamento de Ana	169

El resto de mi estadía en París	171
Un día en Londres, sólo un día	173
Despedida de Ana	175
De nuevo en Barcelona en la casa de Ángel y su novio Camil	177
Visita a Sitges	179
En el avión, de regreso a la Argentina	181
El reencuentro con Manuel en mi departamento	183
El reencuentro con Sara	185

TERCER MOVIMIENTO

252	La Heroica	191
	La <i>Sinfonía N° 3 en Mi bemol mayor Op. 55</i> de Ludwig van Beethoven	193
	El amor como el culo o con cara de culo	195
	Los tres a la noche del domingo	197
	A la búsqueda de una casa	199
	La mudanza a las apuradas y los arreglos	201
	El nombre de la nena	203
	Febrero otra vez	205
	El anuncio de Manuel	207
	Alberta camina	209
	Una carta de Sara	211
	Las mil y una	213
	Afánisis	215
	Consigo un mejor sueldo	217
	Un llamado de Sara	219
	Aparece Manuel	221
	El cumpleaños de Alberta	223

Hablo con Sara por teléfono	225
Sara y Alberta en Parque Saavedra	227
Algunas cosas de acá y de allá	229
Una carta documento	231
Alberta decide	233
¿Me prestás este libro?	235
Pasaje a la India	237
Ahorrando para seguir viaje	239
En la India	241

CUARTO MOVIMIENTO

Los finales	245
El final	247